



CAPITULO XXIX

La muerte de un hombre honrado

DEL año de 1833 al 35, la insurrección carlista tomó grande incremento en las provincias Vascongadas y el Maestrazgo.

La regencia se vió obligada á dar nueva organización al ejército para colocarle en condiciones de batir á los absolutistas.

Los cadetes de los cuerpos después de sufrir un ligero examen ascendieron á subtenientes.

Andrés, en su nuevo empleo, siguió prestando servicio en el batallón de Vallejo.

El ascenso de su hijo produjo poca satisfacción á doña Maria, que hubiese querido para él una carrera exenta de peligros.

¡Con qué afán leía entonces la pobre madre las noticias que sobre el estado de la guerra publicaban los periódicos!

Aquellas largas relaciones de muertos y heridos la llenaban de espanto, y cada instante temía ver incluido en ellas el nombre de su querido hijo.

No obstante estos temores, leyendo en cierta ocasión el nombre de Andrés en un periódico que daba cuenta de un hecho heroico realizado por el joven oficial, se sintió orgullosa.

Verdad que ¿á qué madre, en su lugar, no le hubiese sucedido lo mismo?

También sufría don Andrés, mas como hombre, estaba obligado á disimular sus sentimientos.

El buen señor, para consolar á su esposa, continuamente la decía la tan repetida frase:

—No todos los que van á la guerra mueren.

¡Quién sabe cuál será la muerte de nuestro hijo, si termina con bien la campaña!

Ninguna ocasión como la presente para hacer adelantos en su carrera; es joven y la ha comenzado demostrando gran valor al frente del enemigo.

El comandante Vallejo, en todas las cartas que escribía á su padre, le hablaba del joven alférez, elogiando en muchas de ellas su valor.

Entonces el veterano sentíase tan orgulloso como si aquel oficial fuese hijo suyo, y corría á mostrar la carta á sus padres.

Esto daba siempre lugar á escenas conmovedoras en que doña María terminaba derramando abundantes lágrimas.

Román adelantaba en sus estudios, y aprobó los dos primeros años de la carrera de derecho con brillantes notas.

Mas su aplicación era debida á que su padre le obligaba á estudiar en casa, alejándole de la vida de cafés y teatros que hacían muchos de sus compañeros, con gran perjuicio para su carrera.

Román tampoco mostraba afición á este género de vida, y si él no lo sentía, tuvo al menos el suficiente talento para hacer creer á sus padres que prefería los libros á las diversiones.

El clima de Madrid era perjudicial á la salud de don Andrés, que poco á poco veía disminuir sus fuerzas, mas sin dar á ello gran importancia.

Lo único que hasta cierto punto le tenía inquieto, era la frecuencia con que se acatarraba.

Mas los cuidados de su esposa le devolvían, en la apariencia, pronto la salud.

No tardó en llegar el momento en que la calentura se

apoderó de aquel cuerpo, prestándole ese febril vigor que acaba aniquilando al individuo.

Lo que él creyó simples catarros, acabaron por hacerse crónicos.

Cansado de tomar las pócimas que le recetaba su médico, mandó llamar á una eminencia en las enfermedades de las vías respiratorias y ésta le dió la esperanza de curarle en un plazo algo largo, no atreviéndose á confesarle cuál era su verdadero estado, pero sí confesó á Vallejo que la muerte no tardaría en arrebatarle á su mejor amigo.

Los repetidos catarros acabaron por ocasionarle una tisis laríngea, que, como consecuencia, iba unida á una continua irritación de los aparatos respiratorios.

Como los progresos de la dolencia eran cada vez más rápidos, Muñoz se vió obligado á guardar cama.

La enfermedad de su padre dió á Román mayor libertad, y ya muchos días, en vez de ir á clase, se iba tranquilamente á jugar al billar.

Cosa que hasta entonces nunca había hecho.

El joven se abría las puertas del vicio al mismo tiempo que la muerte iba á franquear á su padre las de la tumba.

Doña María no se apartaba un momento de la cabecera del enfermo, sin que el cansancio físico lograra rendir á aquel cuerpo dotado de una alma tan llena de abnegación.

Mas la lucha que sostenía era terrible.

Su esposo enfermo, casi agonizante; su hijo en el Nor-

te, lleno de vida y salud, mas expuesto á que una bala cortase su existencia.

Para hacer mayor su angustia, las noticias que de la fratricida lucha se recibian, eran cada vez más alarmanantes.

Zumalacárregui y Cabrera, haciendo prodigios de actividad, tenian en continuo jaque á las tropas de la reina.

Los absolutistas, animados de un espíritu cruel de intransigencia, dieron á la guerra un carácter tan sanguinario como inhumano, fusilando á cuantos prisioneros caían en su poder.

De aquí vinieron las naturales represalias, que dieron á la lucha un carácter tan feroz como en la Edad media, cuando el vencedor no respetaba ni vidas ni haciendas.

Gracias á la intervención de las potencias extranjeras, se consiguió que en el Norte se respetase la vida á los prisioneros.

Una mañana se sintió Muñoz tan mal, que á toda prisa mandó buscar á un notario para hacer testamento.

Avisado Vallejo, acudió al lado de su amigo prodigándole frases de valor y esperanza.

—Es inútil cuanto me diga usted para animarme,—respondía el enfermo con voz apenas perceptible.

Sé que me muero y que para mí no hay salvación.

No me asusta la muerte, porque tarde ó temprano he-

mos de sufrirla; sólo siento el separarme de María sin que Román haya terminado su carrera.

Respecto á su porvenir estoy tranquilo: María es tan rica como yo. En cuanto á mis hijos, si malgastan lo que les dejo, ellos sufrirán las consecuencias.

Oyendo á su amigo, el veterano sentía oprimirse el corazón.

Si á la muerte pudiera combatírsela lo mismo que á los enemigos políticos, Vallejo hubiese expuesto gustoso su vida por salvar á don Andrés.

Pero cuando la muerte cierne sus alas sobre las víctimas que elige, lo hace de modo que no puedan arrebatarle su presa.

Ataca sin ser vista y marca sus pasos, dejando por toda huella un cuerpo inerte bañado por las lágrimas de sus deudos, si es que deja en la tierra algún sér que le ame.

Apenas hubo terminado de dictar su última voluntad, pidió Muñoz un confesor.

Quería morir lo mismo que había vivido, dentro del seno de la iglesia, cumpliendo con todos sus deberes de buen cristiano.

La infeliz doña María, fijaba afanosas miradas en su esposo como si con ellas quisiese retenerle á su lado.

El llanto inundaba sus mejillas y entrecortados suspiros se escapaban de su pecho.

Román también lloraba viendo que pronto perdería á un padre tan cariñoso como el suyo.

Se había escrito á Andrés dándole cuenta del estado gravísimo de su padre.

Muñoz parecía que solo aguardaba la respuesta á la carta ó presentación de su hijo para entrar en el periodo de agonía.

Al mediar la tarde se presentó el veterano en la casa, y mostrando un pliego á Muñoz, le dijo:

—Carta de Andrés que para que llegase antes á Madrid ha sido traída con la correspondencia oficial.

El enfermo dejó aparecer en sus ojos la alegría, y con mano febril rasgó el sobre.

Mas ¡ay! quiso leer y sus ojos se negaron á ello.

Entonces con acento dolorido exclamó:

—Vallejo, lea usted, que yo no puedo.

Por las mejillas del veterano rodaron dos lágrimas.

Por otra carta de su hijo conocía la parte principal del contenido de aquélla.

El oficial terminaba su sentida epístola con los siguientes párrafos:

»Perdona, padre mío, que en tan críticos momentos no corra á tu lado: estoy al frente del enemigo, y si pidiese permiso para dejar mi batallón se interpretaría como falta de valor.

»La tacha de cobarde es la más deshonrosa que puede caer á un militar, y tú, que tanto cuidaste de mantener limpio tu apellido, no querrás que le manche tu hijo, que

ruega á Dios con toda su alma que te devuelva la salud.
—Andrés.»

—¡Pobre hijo mío!—balbuceó Muñoz con acento dolorido.

Su honor militar le priva de recibir el último abrazo de su padre.

Ven Román, quiero tenerte á mi lado.

Vallejo se separó de la cabecera del enfermo para dejar el puesto á su hijo.

El llanto ahogaba á doña Maria, que, muda de dolor, contemplaba á su esposo.

Don Andrés, para infundirla más aliento, dejaba aparecer la sonrisa en sus labios, y la decia:

—Estoy tranquilo y resignado con mi suerte. No te aflijas, que Dios querrá que nos reunamos en el cielo.

Don Andres, después de contemplar unos instantes á su hijo, le dijo:

—Román, júrame que obedecerás ciegamente á tu buena madre.

—¡Padre mío! ¡lo juro!—repuso el joven con voz entrecortada por los sollozos.

—Eres el mayor y por lo tanto en tí recae mi título y la obligación de ser el primero y más firme apoyo de tu noble madre. Ten presente que para hacer un buen papel en sociedad no son necesarios sólo el título y las riquezas, sino

más principalmente ser un hombre honrado de verdadera ilustración.

Estudia mucho para que pronto puedas terminar con aprovechamiento tu carrera.

Como tienes pocos años te falta la experiencia que dan la edad y las vicisitudes de la vida.

Por eso también te encargo que sigas los consejos de Vallejo, en quien debes ver un segundo padre.

--Cumpliré tu voluntad,—balbuceó el joven con acento dolorido.

Vallejo se acercó á estrechar la mano de su querido amigo.

El veterano esforzábale por parecer sereno y no lograba conseguirlo.

Su voz era insegura y temblorosa como si el frío le hiciese estremecer, y de sus ojos se escapaban gruesas lágrimas de dolor.

Muñoz, oprimiéndole febrilmente la mano, le dijo:

—Vele usted por mis hijos, dándoles buenos consejos, y por mi pobre María.

El general quiso responderle, y el llanto ahogó la voz en su garganta.

Aquel hombre de alma templada en el fragor de los combates y las vicisitudes de la vida, lloraba como si fuese un niño sintiendo que se le partía el corazón.

Doña María no pudo más, y derramando copioso llanto se abrazó á su esposo besándole repetidas veces de una manera febril.

Don Andrés quiso devolver á su esposa sus doloridas caricias, mas la muerte cortó el hilo de su existencia.

Su cuerpo fué tornándose frio como el mármol y su helada cabeza quedó apoyada en el hombro de su esposa.

Doña María lanzó un grito de terror, mas acordándose que aun la restaba cumplir el más penoso de sus deberes, se rehizo y tuvo fuerzas para cerrar los ojos á su esposo.

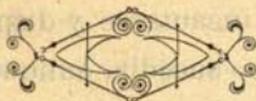
Después cayó desplomada en brazos de Vallejo que, aprovechando esta circunstancia, la sacó de aquella estancia.

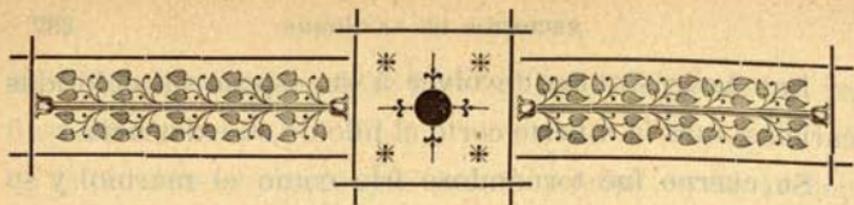
Román también acudió en auxilio de su madre.

Su llanto era tranquilo y silencioso.

Al salir de la alcoba miró fijamente el marmóreo semblante de su padre, y recordando sus últimas palabras, se dijo con oculta alegría:

—Ahora soy yo el marqués de Moratalla.





CAPITULO XXX

Ana

MUERTO Muñoz, recayó en Román, como era de ley, el título de marqués de Moratalla, no así los bienes, pues éstos quedaron divididos en partes iguales para los dos hermanos.

Aunque Andrés era menor de edad, como gozaba de fuero militar, podía incautarse y disponer libremente de su fortuna, lo cual no sucedía, aunque parezca anómalo, con su hermano mayor.

Con motivo del dolor que tan irreparable pérdida produjo á doña María y el trastorno que ocasiona en una familia la muerte de su jefe, Román estuvo más de un mes sin asistir á clase.

Un día que su madre le habló de esto, la repuso:

—Mamá, ya no tiene remedio, este curso le pierdo; de modo que lo mismo adelanto con asistir á clase que con faltar á ella.

—Estudia, y ya que no en Junio, podrás examinarte en Setiembre,—le respondió su madre.

—Bien, mamá, haré lo que tú quieras,—balbuceó el joven para evitarse una discusión que le era en gran manera enojosa.

Mas Román, que habia tomado gusto á la vida de café y que nunca le faltaba un pretexto para engañar á su madre sacándola dinero, se hizo tan amigo de los billares como enemigo de los libros.

Una partida al *morito* la preferia á cualquiera de las siete obras publicadas por el rey Alfonso el Sabio.

Con más gusto andaba detrás de una modistilla haciéndola el amor, que estudiaba derecho politico.

En cuanto al derecho romano, por ser él español, le importaba muy poco.

Doña María, al ver que su hijo pasaba gran parte de la noche fuera de casa, se alarmó; mas creía que reprendiéndole cariñosamente no lo volveria á hacer.

Pero Román escuchaba los consejos de su madre, prometia seguirles, y á la noche siguiente regresaba á su morada un poco más tarde que la anterior.

Estas escenas se repetian con demasiada frecuencia, y

su madre, cansada de ver el poco efecto de sus cariñosas reprensiones, resolvió hacerlas con energía.

Entonces Román, con alguna falta de respeto, la repuso:

—Mamá, soy ya un hombre y tengo mis compromisos.

—Tú no debes ahora tener más compromisos que terminar tu carrera.

—Lo cortés no quita á lo valiente, y no voy á estar siempre metido en casa como un cartujo.

En una palabra: Román poco á poco fué despojándose de la máscara que le cubría revelando su verdadero carácter rebelde y solapado.

Su único deseo era cumplir los veinticinco años para hacer valer su mayoría de edad y disponer á su antojo de la pingüe fortuna que le legó su padre.

Entonces podría divertirse á su placer sin que nadie le reprendiera.

Doña María, llena de pesar, escribió á Andrés diciéndole cual era la conducta de su hermano.

El joven oficial, en una expresiva carta, recordó á Román los deberes que se impuso al heredar el título, y sobre todo el respeto que debía á su madre, añadiendo que sabía con profunda pena los disgustos que la causaba con su conducta.

Este escrito enojó tanto al voluntarioso joven, que lejos de seguir los prudentes consejos de su hermano, le respondió diciéndole:

Que siendo mayor que él, no podía recibir consejos su-

yo; que su conducta era correcta, y que hiciese el favor de no mezclarse en asuntos que no le incumbían.

Esta carta hizo comprender á Andrés cual sería en lo sucesivo el proceder de su hermano, pues en ella revelaba su cinismo y lo poco propicio que se hallaba á sufrir advertencias de nadie.

Como lejos de enmendarse, Román siguió portándose cada vez peor, doña María continuó quejándose en sus cartas al oficial.

Con este motivo mediaron entre los dos hermanos cartas bastantes agrias que enfriaron su cariño.

En la última le decía Román:

—«No me vuelvas á escribir dándome consejos porque será trabajo inútil; correcta ó no, tú no eres quién para juzgar mi conducta.»

Pero como Andrés seguía recibiendo quejas de su madre y de escribirle había de ser para reprenderle, con tanto dolor de su corazón se vió obligado á dar por terminada su correspondencia.

De lo cual se alegró Román, á quien disgustaban los sermones aunque fuesen por escrito.

También Vallejo sufrió á poco una desgracia en su familia.

Dos meses después del fallecimiento de su amigo, recibió la noticia que un hermano suyo, residente en Cádiz, había muerto, dejando desamparada y huérfana á una hija suya.

El general, abandonando por unos días las tareas parlamentarias, corrió á Cádiz para hacerse cargo de la joven.

A su regreso á Madrid se la presentó á doña María, que quedó encantada de la gracia y discreción de la sobrina de su amigo.

Se llamaba Ana, y contaba entonces diez y seis años.

Era alta, de tez sonrosada y esbeltas formas.

La naturaleza la dotó con esa gracia que sólo despierta verdadera pasión cuando está velada por el pudor.

También á Ana le fue doña María muy simpática.

En cuanto á Vallejo pronto cobró á su sobrina tanto cariño como si la hubiese engendrado.

El veterano hacía tiempo que sentía en su corazón un gran vacío.

Cuando se tiene la cabeza blanca por la nieve de los años, la soledad inspira tristeza.

Las plantas que se agostan necesitan que á su alrededor haya nuevos retoños que den á la naturaleza la vida y el esplendor que ellas no tienen.

Algo semejante ocurre al hombre.

La soledad le infunde tedio.

Sobre todo, Vallejo había luchado tanto en el mundo y sostenido tan terribles embates, que su corazón necesitaba

los cuidados de un sér tierno y delicado como lo era su sobrina Ana.

Por otra parte, la huérfana se hacía acreedora al cariño de su tío, desviviéndose por complacer y cuidar al noble veterano.

Por un extraño contraste de la naturaleza, aquellos hombres de carácter enérgico á quienes no impone el peligro á la muerte, son los que con más facilidad se dejan dominar por medio del cariño.

Vallejo por satisfacer un capricho de la huérfana hubiese sido capaz de cometer cualquier disparate.

Y si alguna vez llegaba á enfadarse con la joven, una palabra de cariño de ésta era muy suficiente para desar-
mar la cólera de aquel militar de adusto semblante y re-
torcidos bigotazos, pero de corazón tan tierno como el de
un niño.

Doña María cobró el más entrañable afecto á la joven.

Como el veterano estaba la mayor parte del tiempo fuera de su casa, casi todas las tardes Ana iba á pasarlas al lado de la viuda, á quien se acostumbró á mirar como á una segunda madre.

Su alma pura se hermanó perfectamente con la dulce y bondadosa de doña María.

A los años de Ana el cariño constituye una necesidad,

pues al comienzo como al ocaso de la vida esa dulce afec-
ción es indispensable.

Tranquilas y gratas se deslizaban las tardes al lado de
tan buena señora, y ésta hubiese sufrido su viudez con
menos dolor al ser más correcta la conducta de Román.

La tarde que tenía buenas noticias de su hijo Andrés
gozosa se las comunicaba á la joven, pues también
ella necesitaba compartir con alguien sus dichas y pe-
sares.

Al llegar la noche, Vallejo iba á buscar á Ana á casa de
la viuda, y muchas de ellas regresaba á la suya dejando á
la huérfana al lado de doña María.

Con no poco júbilo vió la viuda que á Román le era
agradable la presencia de la joven, y que muchas tardes,
por estar á su lado, no salía de casa.

A hurtadillas de su madre, Román miraba á la huérfa-
na con verdadero interés.

La hermosura de la joven hacía latir su corazón, des-
pertando en él desconocidas sensaciones.

Veía en ella un tesoro de virtud y belleza que le fasci-
naba, subyugándole completamente.

Román se hallaba en uno de esos períodos de la vida en
que el corazón del hombre guarda con fuerza sus impresio-
nes ó las deja correr con la rapidez que la golondrina cru-
za el espacio.

Verdad es que el joven marqués aun no sabía apreciar lo que vale la virtud de la mujer.

Ana también sentía cierta emoción al lado del joven.

La figura de Román era gallarda y simpática; pareciendo casi imposible que aquel joven tan atento diese tantos disgustos á su madre.

Muchas veces las miradas de los jóvenes se cruzaban.

Entonces Ana bajaba los ojos, sus mejillas se teñían con el carmín del pudor, clara señal de que su corazón comenzaba á interesarse por el joven.

Cuando en semejantes casos no se ruboriza una mujer, es que mira sólo por curiosidad; y entonces, ó sostiene la mirada breves momentos ó se contenta con bajarla.

Doña María sorprendió algunas veces estas miradas.

El cariño que sentía por la joven y el egoismo maternal, la hicieron concebir un proyecto que la halagaba sobremanera.

Su hijo era rico, y la joven no quedó desheredada; de modo que su fortuna unida á la de Román constituiría un capital muy respetable.

Pero no era el interés el móvil principal de la noble señora, sino que se figuraba que al casarse Román enamorado de su esposa y teniendo ella tan raras virtudes, el amor le haría cambiar de conducta.

Por eso veía con secreto júbilo la simpatía que los dos jóvenes se demostraban.

Hasta en los detalles más insignificantes, Román se esmeraba en complacer á la huérfana.

Algunas noches que ésta quedábase á acompañar á doña María, ésta suplicaba á su hijo que no saliese de casa.

El joven la objetaba, no atreviéndose á desobedecerla rotundamente.

—Pero mamá, si me están esperando unos amigos á quienes prometí tomar café en su compañía.

—Haga usted caso á su mamá, que mejor amigo que ella...—agregaba la joven con acento suplicante.

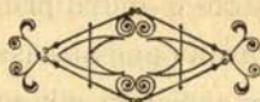
—Sea como ustedes quieran,—replicaba Román, accediendo á la indicación de Ana.

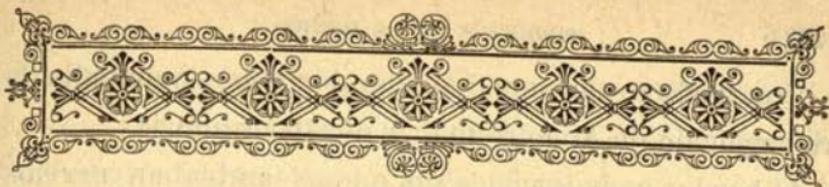
Doña María, al observar esto, decíase:

—Indudablemente, Ana es la única mujer que puede hacer feliz á mi hijo llevándole por buen camino.

El día que vea logrado mi propósito, daré gracias al cielo con toda mi alma.

¡Qué bella pareja harán!





CAPITULO XXXI

¡Me ama!

SOBRE Ana! la alegría desapareció de aquellos ojos tranquilos y transparentes.

El tinte sonrosado que coloraba sus mejillas perdió su intensidad, cediendo á la palidez que como muestra del dolor del alma aparece en el semblante.

Comenzaba á tener secretos y á sufrir.

El sentimiento del primer amor, inundando su corazón, la llevaba irresistiblemente en busca del cariño de otro sér.

Se efectuó un cambio tal en la joven, que pronto fué advertido por doña María.

Una tarde se encontraban las dos solas; aquel día la preocupación de Ana era mayor que de ordinario.

Al bordar unas iniciales sus manos temblaban nerviosamente; queriendo esmerarse en el trabajo, cuanto más se afanaba peor lo hacía.

Aquella inicial, que era una R., avivaba el recuerdo de su amor.

Observándolo la marquesa, dibujó en sus labios una ligera sonrisa.

—Pobre Ana,—se dijo.—Está enamorada.

A su edad, ese dulce sentimiento despierta en nosotras sin que lo podamos evitar, y emponzoñando nuestra alma nos sujeta, nos subyuga á su influjo sin que seamos dueñas de evitarlo.

El corazón se agita á impulsos de un afecto desconocido, y muchas veces al hallarle, cuando creemos que terminan nuestros dolores, es cuando verdaderamente comienzan.

Por espacio de algunos momentos, doña María contempló á la joven, preguntándola con cariño:

—¿Estás enferma? ¿Te sientes mal?

—No, señora,—repuso Ana, poniéndose roja como la flor del granado.

—Entonces ¿qué tienes?

Hace algunos días que me parece que no te encuentras bien.

—No siento nada,—agregó la huérfana suspirando.

¡Ay! si ella á su vez hubiese podido preguntar, indudablemente lo hubiera hecho exclamando:

—¿Dónde está Román?

¿Por qué no se encuentra á nuestro lado? ¡Me es tan grata su compañía!

Pero esto no puede decirlo ninguna mujer sin que padezca su reputación, no quedándole otro recurso que sufrir en silencio las torturas de su alma.

¡Pobre Ana! ¡cuántas veces soñó con el mancebo! Y no pocas se decía:

—Román me mira mucho. Sus ojos se extasían contemplando los míos.

El fuego de su mirada enciende mi corazón y le hace latir precipitadamente.

Si me ama ¿por qué no me lo dice?

¡Si pudiera hacerle que adivinase mis sentimientos!

Entonces dos lágrimas tranquilas humedecían su rostro.

Para que su tío no sorprendiese el secreto de su alma, se esforzaba en aparecer alegre.

No se sabe lo que tiene el amor puro, que al ser conocido por otros se cree profanado.

Con inmenso placer veía la marquesa que Ana amaba á su hijo, pues la suspicacia de la mujer adivinó completamente lo que la joven callaba.

Como el sufrimiento de Ana era cada vez mayor, también doña María sentíase triste á su lado.

Por no ruborizarla se abstuvo de hacerla preguntas; mas después de pensarlo mucho se decidió á obligar á la joven á que la confesase la verdad.

Para ello, y con exquisito tacto, comenzó dándole un pañuelo de Román para que le bordase, diciéndole con intencionada naturalidad:

—Román me ha dicho que le gustan mucho los pañuelos que le bordaste.

—¿Es de veras?—respondió la joven sin poderse contener.

Su inocencia la denunciaba.

Avergonzada de sus frases bajó la vista.

—No te sonrojes por tan poca cosa,—balbuceó doña María con cariño.

Tenía intención de reprenderte por tu falta de confianza en mí; mas no lo hago, atendiendo á lo puro de tu sentimiento.

Ana, adivinando que su secreto estaba descubierto, sintió que le latía apresuradamente el corazón y sus ojos se humedecieron como si fuesen á dar paso á las lágrimas.

—Escúchame, hija mía,—exclamó doña María atrayéndola hacia sí.

¿Por qué razón, cuando hace unos días te pregunté si estabas enferma, no me dijiste la verdad?

¿No tienes confianza en mí?

—Sí, señora,—tartamudeó la joven.

—Poco se conoce, cuando me ocultas un secreto que guardas en el fondo de tu alma,—repuso la marquesa sonriéndose.

Es decir, un secreto que crees que ignoro, pero que hace tiempo te le adiviné.

Ana temblaba como la planta que agita el viento.

Ya no había duda; el negar era imposible.

Doña María, para infundirla valor, prosiguió:

—Tú no tienes la culpa de que tu corazón te arrastre á donde no quisieras ir; pero, hija mía, su fuerza es tanta, que no podemos contenerla.

Para que te convenzas de que he adivinado la causa de tu tristeza, te diré que estás enamorada.

La huérfana se estremeció de una manera visible.

Las palabras de la marquesa cayeron sobre la herida que el amor abrió en su corazón y sin poder contenerse se abrazó á la noble viuda, y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Es verdad, señora; le amo con toda mi alma!

Su imagen está grabada en mi corazón y en mi cerebro de tal modo, que no consigo borrarla.

La frase *le amo*, suplía el nombre de Román con sobrada elocuencia.

—Ves como es inútil querer guardar ciertos secretos.

Los de amor son de tal naturaleza que aparecen en nuestro semblante sin que podamos evitarlo.

Consuélate, hija mía.

¿Quién sabe si Román no te ha revelado lo que él siente temiendo desagradarte?

—¡Por Dios, no le diga usted nada!— interrumpió la joven con angustia.

—Descuida, que mi hijo no sabrá nunca lo que me has revelado.

Las palabras de la marquesa alegraron el pecho de la joven.

Román la amaba al parecer, al menos así se deducía de lo dicho por su madre.

¿Y por qué no había de ser cierto?

Lo mismo que la viuda adivinó su secreto, pudo conocer el de su hijo.

Aquella noche Ana soñó con que era feliz.

Román la amaba con la misma fuerza y pureza de sentimientos que ella.

Soñó con que la felicidad la sonreía, que su Román sólo pensaba en ella, que es la mayor ambición de la mujer que se apasiona.

Después de aquel día la marquesa no desaprovechaba ocasión para elogiar, delante de su hijo, las virtudes de Ana.

Por fin una mañana y con el pretexto de uno de los bordados que había hecho la joven, la marquesa dijo á su hijo:

—Pocas jóvenes hay hoy que sean tan hermosas y discretas como Anita.

¿No te has fijado en ella?

—Sí, mamá; y tienes razón en lo que acabas de decir. Ana es tan bella como un ángel,—repuso Román con entusiasmo.

—Pues si su cuerpo es hermoso es más bella aun su alma,—agregó doña María con gran expresión.

No adolece de ese defecto tan común hoy en jóvenes y más si son bonitas.

Una vez puestas delante del espejo, como éste les diga que son hermosas, se lo creen de veras.

Entonces se tornan tan frívolas y coquetas que se olvidan hasta del decoro que toda mujer se debe á sí misma.

Ana no se parece á ninguna de éstas; tiene un pudor y una sencillez que encantan, y estoy segura de que será una excelente madre de familia.

Román escuchaba á su madre con secreta alegría.

Ya lo hemos dicho, Ana era del agrado del joven, mas por temor á que su madre se disgustase no la había revelado sus sentimientos.

—¿Y á tí qué te parece lo que acabo de decir?—agregó la noble señora mirando á su hijo con fijeza.

—Que soy de tu mismo parecer.

Ana es divina, su imagen es tan bella como el sueño de un poeta.

Es una creación de la naturaleza en la que ésta le pres-
tó todos sus encantos y perfecciones.

Creo como tú que el hombre que consiga hacerla su esposa, será completamente feliz.

—¿Hablas de ella con mucho entusiasmo?— balbuceó doña Maria alegremente.

¿Acaso te interesa?

Román vaciló algunos momentos y repuso con acento de sinceridad:

--A qué he de negártelo; no sólo me interesa sino que estoy enamorado ciegamente de ella.

Su vista produjo en mí una emoción indecible y mi mayor felicidad sería poderla hacer mi esposa.

En el hogar donde haya un ángel como ella, la dicha ha de ser eterna.

—No me disgustan tus palabras,— replicó la noble viuda con secreta alegría.

¿La has hablado de tu amor?

—No, mamá; no me he atrevido á hacerlo por temor á que me rechace.

Además, estando ella en casa, no me pareció conveniente.

—Pues no tengas miedo y háblala.

No sé por qué me parece que tus pretensiones han de ser bien recibidas.

Por otra parte no me disgusta que te hayas fijado en Ana: la prefiero para hija antes que á cualquiera de esas chicas que sólo sirven para exhibir los trajes que reciben de París.

—¡Gracias, mamá!

No sabes lo que me alegro que apruebes mi elección,— balbuceó Román con júbilo.

Doña María, aprovechando aquella circunstancia para reprender cariñosamente á su hijo, añadió:

—Ahora has de moderar tu conducta y no volver á las andadas.

Si quieres ser dueño de Anita termina pronto tu carrera.

Si esta tarde viene os dejaré un momento solos para que te expliques con ella.

A la hora de costumbre llegó la huérfana, que con inmenso júbilo vió á Román al lado de su madre.

Hacia algunas tardes que el joven no las acompañaba.

Román esperaba con impaciencia que su madre los dejase solos.

Por fin llegó este momento.

Doña María, con el pretexto de buscar unas sedas para un bordado, salió de la estancia.

Entonces los ojos de Román buscaron afanosamente los de Ana.

Se cruzó entre ambos una mirada y el rubor obligó á la joven á bajar la cabeza.

Román se extasiaba contemplándola y exclamó con apasionado acento:

—Ana, perdóneme usted si no son de su agrado las

frases que voy á pronunciar; mas si hablan mis labios tiene la culpa el corazón, que á ello les obliga.

Usted es un ángel y á los ángeles no hay más remedio que adorarlos.

Hace tiempo que un amor tan inmenso como santo se alberga en mi pecho y pugna para obligarme á que la comuniqué á usted mis sentimientos.

Hasta hoy he podido resistirme; al fin me siento vencido.

En aquel momento la dicha y el temor batallaban en el pecho de la huérfana.

Dicha por verse amada; temor por ese sentimiento pudoroso de las almas vírgenes.

Román continuó diciendo:

—Ana, si usted correspondiese á mi pasión, me haría el sér más feliz de la tierra.

Ana fijó sus hermosos ojos en Román; sus mejillas se tiñeron de grana y balbuceó con acento tembloroso:

—Sí, yo también profeso á usted una profunda simpatía.

Segundos después regresaba la marquesa con la seda.

Una ojeada la bastó para adivinar que los jóvenes se habían comunicado sus sentimientos.

En lo sucesivo la viuda, al empezar una labor, lo tendría todo preparado para no necesitar salir de la estancia.





CAPITULO XXXII

Soy feliz

PAS mejillas de Ana vuelven á recobrar su sonrosada frescura, sus ojos la transparencia, y su corazón la alegría.

Su amor es correspondido y por lo tanto, desaparecen las amarguras del alma.

El amor se siente, y sin embargo, no puede definirsele de un modo concreto, porque cada cual ama á su manera.

Hay tantas clases de amor, como individuos.

El temperamento, la educación, todo influye en él.

Desgraciadamente, con frecuencia se confunde tan puro sentimiento, con el que es solo hijo de lo material.

El amor verdadero es puro hasta el limite que los afectos de la humanidad, pueden serlo.

El amor también es una ley de la naturaleza, y hasta el grito de las pasiones cuando despiertan.

De aquí que resulte un afecto puro, material, y también repugnante, por sobrado materialista.

Pero el amor de la virgen, es un sentimiento santo, que carece de imagen comparativa.

Es un amor que se engrandece y eleva, si el sér amado sabe apreciarlo en lo que vale; mas desgraciadamente una pasión torpe pisa y arrastra, aquello, que con tanto cuidado debía evitarse, lo manchara el fango de la impureza.

En el primer amor, cuando los desengaños de la vida no han gastado la sensibilidad del alma, todo nos sonríe.

En la tierra no hay sér más perfecto que el que nos ama, no existen virtudes ni gracias como las suyas.

La fe y la ilusión nos ciegan, y ¡ay! del que con razón ó sin ella se atreva á quitarnos la venda. Ese si es amigo, perderá nuestra amistad.

En alas de nuestra fantasía, el porvenir se nos presenta de color de rosa.

Nuestra existencia ha de deslizarse al lado del sér querido en una continua dicha, tranquila y dulce, como si atravesáramos un vergel cubierto de flores, y hecho sólo para nuestra felicidad.

Cuando en nuestro primer amor nos vemos correspondido, todo nos parece también más grande y más hermoso.

Más rica la naturaleza, más intenso el perfume de las flores, brillantes los rayos del sol, y armoniosos los trinos de las aves.

La tierra es un paraíso sin serpientes, y hasta las rosas no tienen espinas.

Esto era lo que sucedía á la huérfana, viéndose amada por Román.

Mas ¡ay! la joven no sabía que los afectos de la vida, repentinamente suelen cambiar lo mismo que una decoración en una comedia de magia.

Lo que antes era brillante se troca en obscuro, tenebroso, lo aromático en mefítico, y lo armonioso en discordante.

En el primer caso es la satisfacción del espíritu, la que nos hace ver las cosas de agradable manera.

En el segundo es la tristeza, es el alma dolorida á quien el golpe sufrido hace recelosa, viendo que en la tierra no halla lo que busca, la encuentra, pobre, ruín, sin vida.

Por do quiera que vaya sufrirá dolores, tendrá que vencer obstáculos, y por último, bajo la impresión del engaño sufrido, se le hace insoportable la existencia.

Por lo demás, igual luce el sol, cantan las aves, y perfuman las flores el ambiente lo mismo para el enamorado, que para el excéptico.

La única diferencia que existe, es el modo de apreciarlo.

Al día siguiente de declarar el mancebo su pasión á Ana, estuvo gran parte de la tarde en su compañía muda la lengua, pero expresivos los ojos.

La huérfana ya sostenía algunos segundos más, la mirada de Román.

Al salir éste de la estancia, doña María exclamó:

—¿Qué te dijo ayer Román?

—Que me amaba,—repuso la huérfana ruborizándose.

—Al fin, eres feliz, y soy una necia haciéndote más preguntas.

El amor es egoísta y todo le parece poco para él, mas yo que te quiero como á hija, no puedo desear más que tu bien.

¡Gracias á Dios! por hoy están demás los consejos que pudiera darte.

Doña María no quería despertar recelos en aquella alma pura, sabiendo que el recelo es enemigo de la felicidad.

La zozobra y la galerna tienen sus puntos de contacto.

La primera agitando el espíritu, mata la dicha.

La segunda encrespando los mares, arranca la existencia á los navegantes que tienen el infortunio de no hallar un puerto de refugio.

Pero ¡ay! el alma pocas veces encuentra una ensenada donde abrigarse de la intranquilidad.

Como es lógico, lleno de alegría, participó Román á su madre lo bien que la huérfana recibió sus pretensiones, mas para que la dicha fuese completa, faltaba que estos amores obtuviesen la aprobación del veterano.

A Román le imponía bastante el carácter de Vallejo, creyendo que sería intransigente con las faltas de la juventud, sospechando también que estuviese enterado de sus calaveradas, en cuyo caso y como medida preventiva no dejaría salir á Ana de su casa, tan pronto como conociese sus amores.

Así es, que cuando su madre le hizo presente la necesidad de hablar de ello al veterano, la repuso:

—Mamá, más vale que te encargues tú de hacerlo.

El general te quiere mucho, y no te desairará; además, como le hablas en mi nombre, es prueba de que tú aceptas como buenas nuestras relaciones.

Quando al anochecer fué Vallejo á por su sobrina, después de los saludos de costumbre, la marquesa le dijo mirando á la joven:

—Con permiso de Anita, tenemos que hablar de un asunto que nos interesa.

—Quando usted guste,—repuso el veterano sin sospechar nada.

La huérfana se levantó para retirarse, pero doña María la detuvo, diciéndola cariñosamente:

—No, hija mía; no hace falta que te marches.

Vamos á ocuparnos de ti, y justo es que oigas nuestra conversación.

—Tratándose de Ana, estoy impaciente por saber qué

es lo que tiene usted que decirme,—agregó el general mirando afanosamente á su sobrina.

—¿De qué quiere usted que se trate cuando una joven á cumplido diez y seis años?—balbuceó doña María.

Estas palabras sobresaltaron á Vallejo, que lanzó una mirada de enojo sobre la joven, mas moviendo la cabeza tristemente, se dijo:

—Soy un egoísta ó el cariño que la profesó me ha cegado, no haciéndome acordar que á su edad el amor de padre no es suficiente para llenar el corazón;—y agregó:

Hable usted, pero con claridad, para que nos entendamos mejor.

—Según he podido comprender, Anita está enamorada.

—Ahora falta que usted me diga quien es el afortunado.

—Mi Román,—exclamó doña María con cierto orgullo maternal.

—Linda pareja,—repuso el veterano,—y no tengo por qué oponerme á esos amores, máxime si él sigue la senda que su padre le trazó.

—Gracias, tío,—balbuceó la joven no pudiendo contener el júbilo que la embargaba.

—¡Picarilla! como te alegras.

Parece que el cariño de este rudo soldadote, no te satisface por completo.

Mas no te censuro: yo á pesar de rendir culto á Marte, también sucumbí bajo las flechas de Cupido,—repuso el veterano con tristeza.

—¿De modo, que usted aprueba los amores de Anita y Román?—agregó doña María.

—Sí, señora, puesto que veo que usted hace lo mismo. Además nada adelantaría con oponerme; al corazón no puede mandársele como á un recluta, que á la fuerza está obligado á obedecer.

Soy viejo, no tardaré mucho en seguir el camino que todos hemos de recorrer, y lo único que deseo es que Anita sea feliz.

—Gracias en nombre de mi hijo,—agregó la marquesa.

Respecto á Anita, inútil me parece el repetirle cuales son mis sentimientos, pues desde hoy la tendré por una verdadera hija.

Al salir de casa de la marquesa, el general iba triste, martirizándole la idea de que tendría que separarse de Anita.

—La ley de la naturaleza es terrible,—pensaba.

Criar hijos para que al ser hombres se separen de nuestro lado.

Ricardo en campaña, al frente de su batallón, vive alejado de mí.

Anita, ¡quién sabe lo qué tardará en abandonarme!

Apenas llegó á su casa Vallejo, con entonación seria exclamó:

—Anita, estoy muy incomodado contigo.

Lo que has hecho no está bien. Eso de que no tengas confianza en mí para comunicarme lo que siente tu corazón, no te lo perdonaré nunca.

—Me daba vergüenza,—repuso la joven con acento suplicante.

—¡Por vida de...!—el general iba á lanzar un voto, mas se contuvo.

—¿Vergüenza? ¿y por qué has de tenerla?

¿No soy un padre para tí?

—Sí, señor.

Mas no se incomode por eso,—balbuceó la joven con acento mimoso, al par que fijaba una dulce mirada en el general.

—¿Qué no me incomode?—agregó Vallejo queriendo sostener su fingida cólera.

—¿Es algo malo lo que he hecho?

—¡Picarilla! ¿de eso te vales tú para engañarme?

Quedas perdonada; pero en lo sucesivo has de tener más confianza conmigo.

Así terminaban todos los enojos del veterano con la huérfana.

La vieja encina no podía resistir el perfume de la flor que crecía á su lado.

Anita, aquella noche fué la mujer más dichosa de la tierra.

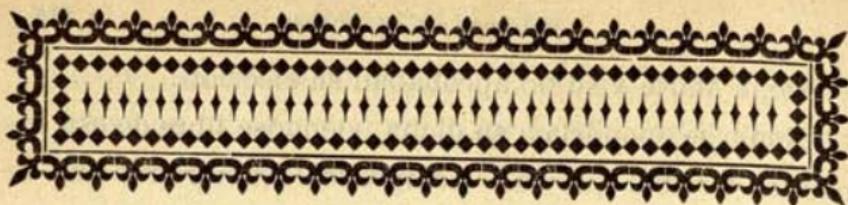
Dña María y su tío aprobaban su elección.

Nadie se opondría á su dicha, viéndose libre de esa lucha tan terrible que casi siempre los enamorados han de sostener con sus padres.

Antes de conciliar el sueño, se repetía infinitas veces:

—¡Soy feliz!





CAPITULO XXXIII

¡Nubecillas!

En la primavera de la vida, todo lo nuevo nos seduce y fascina cuando es hermoso.

Román, viéndose amado, sentía en parte satisfecha la ambición de su alma.

Siempre soñando en el colmo de su dicha, su suprema felicidad consistía en hallarse al lado de Ana.

A la huérfana, le parecían momentos las horas pasadas al lado del mancebo.

La marquesa sentíase feliz contemplando la encantadora pareja que formaban sus hijos, no cansándose de dar gracias á Dios de que hubiese despertado en los jóvenes tan sublime pasión.

En cuanto á Ana no hay que decir lo dichosa que era viendo al joven cada vez más rendido y enamorado de ella.

Como el amor transforma y regenera, Román modificó por completo su conducta.

Ya no era aquel joven, amigo de pasar gran parte de la noche fuera de su casa.

Cobró afición á los libros, pues veía en ellos unos auxiliares poderosos para el logro de sus deseos.

Terminar la carrera y ser dueño de Ana, constituía todo su afán.

Cuantas veces su madre, comparando el género de vida que entonces hacía con el hecho anteriormente, pensaba:

—¡Lo que puede el amor!

Mis reprensiones no surtieron en Román ningún efecto, en cambio al enamorarse de Ana, modifica su conducta. ¡Bendito sea ese amor!

Las horas de la mañana, pasábalas el mancebo asistiendo á la clase.

Después de almorzar, no salía de casa, esperando con impaciencia la llegada de la joven.

Por las noches el tiempo que antes invertía en frecuentar cafés y teatros, le dedicaba al estudio.

En suma, la conducta de Román era irreprochable.

Por eso su madre miraba á la joven, no sólo como á

una hija, sino también como á un ángel que había traído á su hogar la dicha y la paz.

Como entonces se sostenían en nuestro parlamento ruidas y largas discusiones, tanto en lo político como en lo económico, y Vallejo había sido nombrado presidente de varias comisiones, cuando iba á buscar á su sobrina siempre eran más de las ocho de la noche.

Así es que la huérfana comía siempre con Román y su madre.

El veterano también veía con gusto los amores de su sobrina, máxime desde que supo la modificación operada en la conducta de Román.

Una noche al ir en busca de la joven, suscitóse la conversación sobre los asuntos políticos, y el joven emitió algunas ideas que no disgustaron á Vallejo.

—Me gusta oírte hablar de ese modo,—exclamó el veterano con júbilo.

Te prometo que si al terminar tu carrera, tengo en el partido liberal la misma influencia que hoy, la pondré en tu favor para que ocupes un asiento en el Congreso; mas para ello has de observar la misma conducta que ahora y seguir estudiando con igual fe.

—Ya has oído á Vallejo,—agregó doña María.

Todo se reduce á que trabajes ahora, que después recogerás con creces el fruto de tus desvelos.

—Así lo hago y continuaré haciéndolo,—repuso el joven con sinceridad.

Una tarde la huérfana llegó á casa de la marquesa, viendo con dolor que Román no la esperaba.

Para alejar de ella la tristeza, doña María la dijo:

—Hoy Román ha tenido que ir á la Universidad á arreglar no sé qué cosas; mas no creo que tarde mucho en volver.

Anita se sentó poniéndose á bordar; mas sus dedos estaban torpes y triste su corazón.

Allí faltaba Román, la luz de sus ojos; el timbre de su voz no la alegraba el espíritu.

El tiempo transcurría sin que el mancebo pareciese y la amargura se apoderaba de la joven.

—¿Cuánto tarda?—se decía la infeliz.

¿Por qué no vendrá, cuando sabe el afán con que le aguardo?

El día tocó á su ocaso sin que el mancebo se presentase en la estancia, con mucho disgusto de su madre, que padecía al adivinar los dolores de la joven.

Llegó la hora de comer; Ana dirigía frecuentes miradas á la puerta, diciéndose:

—Ya no puede tardar. Es la hora de la comida y su falta disgustaría á su madre.

Mas como transcurriesen algunos minutos que á ella la

parecieron horas, devorada por la impaciencia, exclamó:

—¡Cuánto tarda Román!

Debe ser muy importante lo que tienen que acordar sus compañeros.

—Supongo que lo será,—repuso la buena señora ocultando su enojo, al par que se decía:

—¿Volverá mi hijo á seguir el mismo derrotero que antes?

¡No lo creo!

Era madre y dentro de su carácter justo y razonador, siempre tendía á disculpar las acciones de su hijo.

Poco después se presentó un criado á anunciar que la comida estaba servida.

—Puesto que Román no viene, no me parece justo que le esperemos más.

Así aprenderá á ventilar más deprisa sus asuntos.

Anita, no sabiendo qué responder, se sonrió, mas de un modo tan triste, que parecía decir:

La ausencia de Román envenena mi espíritu.

En el instante en que se ponían en pié, una criada entró en la estancia, diciendo:

—Señora, esta carta acaban de traer.

Doña María, tomando el escrito, rompió el sobre y se puso á leer.

A poco de comenzada la lectura, no pudo reprimir un gesto de desagrado.

Anita, adivinando de quien era la carta, fijó una ansiosa mirada en doña María.

Mirada indefinible en la que se mezclaban el temor, la duda, la impaciencia y demás efectos que sobresaltan nuestro espíritu.

—Ha sido atento,—balbuceó la marquesa.

Román me dice que no le esperemos á comer, porque le han comprometido varios condiscipulos á hacerlo con ellos.

Estos son compromisos, que muchas veces no pueden evitarse, sin pasar plaza de ridículo,—añadió la buena señora.

También me encarga que le disculpe contigo.

—Está disculpado,—balbuceó con tristeza.

Doña María y la huérfana, se sentaron á la mesa.

La joven se hallaba desganada y lo poco que comió, fué á la fuerza.

Al quedarse sola doña María, se dispuso á esperar á su hijo.

Dieron las once de la noche, y Román no se presentaba en su casa.

El semblante de su madre se nubló, dadas las costumbres de la época, aquella hora era demasiado avanzada

para que estudiantes, hijos de familia, estuviesen fuera de su casa.

Como no tenía motivos para dudar de la verdad de lo escrito por su hijo, se dijo:

—Román ha vuelto á reunirse con sus antiguos amigos, y quizá quieren pervertirle de nuevo.

Hay que tener en cuenta que para ninguna madre, es malo su hijo, y si obra mal, culpa siempre á los amigos que con él se reunen.

Dieron las doce, y la una, y Román no parecía.

Entonces doña María se sobresaltó, temiendo que á su hijo le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Con afanosa mirada, seguía el movimiento de las manecillas del reloj.

Por fin, y momentos después de dar las dos, se presentó Román en su casa.

El joven creyendo que su madre dormiría se deslizaba por el pasillo en busca de sus habitaciones, temeroso de despertarla.

Cerca ya de la puerta de su gabinete, oyó la voz de su madre que le llamaba.

El joven con bastante disgusto se detuvo, diciéndose:

—Me prevendré para escuchar un buen sermón.

No hay medio de conseguir que mi mamá se acueste no estando yo en casa.

En fin, es la primera vez que desde hace algún tiempo vengo tarde, y con una docena de buenas palabras y poniendo la cara algo compungida, se termina el responso.

Al estar Román en presencia de su madre, ésta exclamó con acento de enojo:

—¿Son horas éstas de venir á casa?

¿Te has cansado ya de ser buen hijo? ¿vuelves de nuevo á las andadas?

—No, mamá;—repuso el joven con fingida tristeza.

Perdóname si he faltado; mas no ha sido mía la culpa.

Varios compañeros me invitaron, como te decia en mi carta, á comer con ellos.

Después se acordó que fuéramos al Real.

Ya comprenderás que no me pareció correcto el negarme.

—Aunque así sea,—le interrumpió doña María,—en el Real termina la función poco después de las doce, son más de las dos, ¿dónde has pasado ese tiempo?

—Al salir del teatro nos fuimos á la chocolatería de doña Mariquita, y ya sabes lo que sucede, hablando transcurre el tiempo sin sentir.

—Sí, no te lo niego; pero eso sucede cuando se está á gusto en una parte, sin preocuparnos de las personas que nos esperan en otra.

Hoy te he disculpado con Ana, pero otro día no lo haré así.

No quiero ser cómplice de tu mala conducta,—agregó con acento de amenaza.

—¡Perdóname, mamá!

No ha sido culpa mía, el que no haya podido venir antes.

Te prometo que en lo sucesivo no volverá á suceder,—
balbuceó el joven con acento suplicante.

—Te perdono con esa condición.

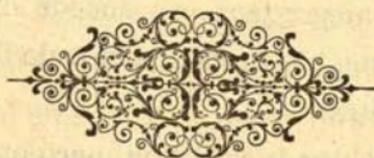
Buenas noches y que descanses,—de este modo algo
seco y violentando sus sentimientos, despidió doña María
á su hijo.

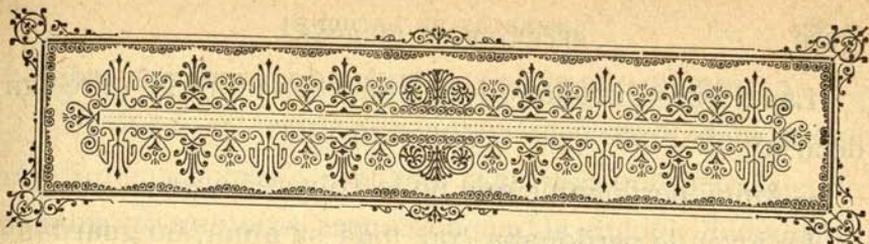
Román muy alegre por la facilidad con que engañó á
su madre, se acostó pensando:

—Esta ha sido una calaverada que no volveré á re-
petir.

Anita es un ángel, y no quiero perder su cariño.

La joven aquella noche no pudo conciliar el sueño vien-
do aparecer en sus amores, la primera nube que empañaba
su felicidad.





CAPITULO XXXIV

Nuevas disculpas

E necesita tener un corazón muy perverso para olvidar repentinamente las impresiones del primer amor, que por dolorosas que sean, se recuerdan siempre con gusto, como reflejo de un tiempo en que el alma creía aun en las ilusiones de la vida.

Román se hallaba pesaroso de haber dado aquel disgusto á su madre, y sobre todo de la pena que causó á su prometida.

Así es, que se juró no volver á faltar de su casa á las horas de costumbre.

A la tarde siguiente, el placer de verle á su lado, le hizo olvidar á Ana los sinsabores de la vispera.

Las tiernas miradas que el mancebo la dirigía, parecían decírla:

—Anita, perdóname que no lo volveré hacer.

La joven le perdonaba con toda su alma, no guardándole el más mínimo resentimiento.

¿Mas cómo había de guardarle estando enamorada?

¿Hay algo más transigente y dispuesto á perdonar que el amor?

El lo borra todo y disculpa las faltas del sér querido.

Durante algunos días Román cumplió su palabra, y la huérfana vió completamente limpio el cielo de su felicidad, disipándose las nubecillas que comenzaron á formarse.

Las tardes eran deliciosas al lado de su madre, como llamaba á doña María y de su prometido.

Hacia poco tiempo que la primera representación de los *Puritanos* obtuvo un éxito grandísimo en el Real, y no había joven que tocase regularmente el piano, que no tuviese la partitura de la inspirada ópera de Bellini.

Román se extasiaba oyendo ejecutar á su amada tan delicadas melodías.

Una tarde la enamorada pareja emitió su opinión sobre cual era el número culminante de la obra.

El joven decía que el duo final del segundo acto.

Anita opinaba que en su sentir era mejor el aria de la locura.

Para convencer al mancebo, se puso á tocarla.

Sus dedos se deslizaban sobre el teclado, unas veces rápidamente, otras con pausa, mas siempre produciendo sonidos armoniosos impregnados de dolor y desesperación, de locura y tristeza, expresando el sentimiento de un alma tierna y apasionada, que creyendo que su amante la olvida, cae en la demencia.

La marquesa contemplaba gozosa estas discusiones en las que Anita terminaba siempre declarándose vencida.

Así se deslizaban las tardes felices para la joven, con alguna inquietud para Román.

Era indudable que fuera de su casa había algo que le atraía, obligándole á sostener una lucha terrible en su corazón.

Lucha en que el triunfo definitivo sería dudoso y lleno de parciales victorias, en que el vencedor de hoy sería derrotado mañana.

El miedo de terminar sus relaciones con Ana, contenía á Román, mas como el temor tarda poco en perderse, Román salió una tarde de su casa con el firme propósito de regresar á ella antes de la hora de comer.

Más no olvide el lector, que según dicen, el infierno está empedrado de buenos propósitos.

Que el hombre cuando se dirige por ciertos caminos piensa sólo recorrer un pequeño trayecto, pero llega á una

pendiente, resbala, y muy á su gusto recorre varias sin sentirse para ello pesaroso durante la jornada.

Por segunda vez volvió á ver Anita que Román no la acompañaba aquella tarde.

Entonces se hizo en ella más vivo el recuerdo de la falta anterior.

Sentía deseos de llorar, teniendo que esforzarse en reprimir las lágrimas.

Doña María miraba á su hija con profunda pena.

Mas entonces no hallaba medio de disminuir su dolor disculpando á Román.

El pretextar que se encontraba ocupado con sus compañeros, le parecía una disculpa poco creíble.

Por lo tanto guardó silencio esperando á que la preguntase la joven.

Esta, en tanto, se repetía con angustia:

—¿Por qué Román no estará á mi lado?

¿No se siente feliz de ese modo?

Para disimular su pena dejando aparecer en sus labios una sonrisa, exclamó:

—Voy á sentarme al piano.

Al hacerlo, sus ojos tropezaron con la partitura de Bellini colocada en el atril.

Maquinalmente la abrió por el aria de la locura.

Entonces las lágrimas vencieron y dos de ellas brotaron de sus ojos, humedeciéndola las mejillas.

Allí estaban las negras notas, mudas é indiferentes, expresando su valor en el pentágrama, esperando una mano hábil que arrancase al piano su significado.

Por fin, brotó un torrente de delicada melodía, diciendo algo más de lo que en la partitura estaba escrito.

Era el sentimiento de un alma dolorida, que se unía á la inspiración del músico.

La marquesa sintió en su pecho el influjo de aquellas notas.

—¡Infeliz, cuánto sufre!—se dijo con tristeza.

¡Cuán poco basta para amargar la dicha de los que aman con verdadera fe!

Esa aria que acaba de ejecutar, es la única expresión de su dolor.

—Anita, hija mía, hazme el favor de ejecutar otra cosa más alegre,—agregó queriendo distraer á la joven.

Esta obedeció preludiando un vals, falto de ese colorido que debe dar el artista á lo que ejecuta y que no puede transportarse al pentágrama.

Llegó la noche y Román tampoco se presentaba.

Otra vez se vieron madre é hija en la necesidad de comer solas.

Y cosa rara.

Como si la joven temiese que la iban á responder: «Te ha olvidado,» se abstuvo de preguntar, respetando el silencio de la marquesa.

También esta vez tuvo la suficiente fuerza de voluntad para disimular sus impresiones, y que su tío no descubriese lo que en el fondo de su alma sucedía.

La marquesa esperó á su hijo.

—Vendrá después de las doce, alegando como siempre que unos amigos le han comprometido,—se dijo.

Mas esta vez no admitiré semejante disculpa.

La buena señora ardía en indignación contra su hijo, mandando que inmediatamente se le presentase el ayuda de cámara.

Una vez en su presencia, le ordenó que tan pronto como Román llegase á casa, que le hiciese pasar á su gabinete.

Cerca de la una, oyó el ruido de los carruajes que cruzaban la calle, anunciando que en los teatros habían terminado los espectáculos.

—Ahora vendrá Román,—se dijo.

Mas fué inútil la suposición de que el joven se conformase sólo con asistir al teatro.

En el reloj de la casa se oyen dar las dos, las tres, las cuatro, sin que aparezca el joven.

Doña María no puede esperar más, pues la impaciencia la consume.

Por fin oye llamar con precaución en la puerta de la calle.

—Ahí está Román,—se dijo.

En efecto, era el joven que, como siempre que trasnochaba, no quería que su madre le sintiese llegar.

Al abrirle la puerta, Román iba á dirigirse á sus habitaciones; mas el ayuda de cámara le comunicó la noticia de que la señora le esperaba.

—¡Qué mala suerte tengo!—se dijo con ira.

A otros jóvenes de mi edad se les permite ir á los teatros y á los bailes, en cambio yo no puedo faltar una hora de casa sin que mamá se incomode.

¡Qué felices son aquellos á quienes sus familias les dejan en la más completa libertad!

El joven confundía esta palabra con el abandono.

Al penetrar en el gabinete, salióle su madre al encuentro, diciéndole llena de enojo:

—¿Le parece á usted correcto presentarse en casa á estas horas?

Si esto hace usted ahora, ¿qué será el día que pueda disponer libremente de sus acciones?

—¡Malo!—se dijo Román oyendo que le trataban de usted, añadiendo:

—Pero mamá, si es que...

La disculpa se negó á salir y el joven, como si se sintiese avergonzado, bajó la cabeza.

—Ibas á mentir; pero me alegro que no te hayas atrevido á ello,—balbuceó doña Maria con severidad, agregando:

—¿Te parece digno que hagas sufrir de la manera que lo haces, á una joven pura y angelical, que te ama con todo su corazón?

¿Crees que algún caballero puede aprobar tu conducta?

Hijo mio, veo con pena que te apartas de la buena senda, y que olvidas lo que debes á tu apellido, y al título que heredaste.

Román, algo más animado porque ya su madre le trataba de tú, repuso con acento hipócrita:

—Mamá, perdóneme, ha sido un mal encuentro.

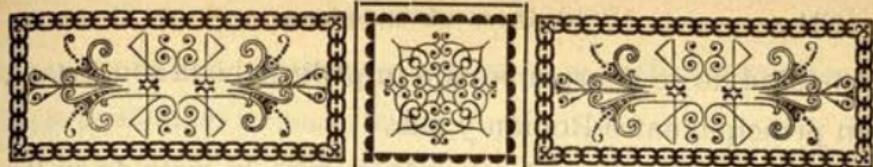
Dos amigos me invitaron á tomar café, después nos fuimos al Prado, luego á comer y por último al teatro.

—Véte á descansar y que sea la última vez que te suceda.

El joven se dirigió á sus habitaciones, diciéndose:

—Siempre lo mismo, un sermoncito y nada más. Seguiré engañándola y dando cada día nuevas disculpas.





CAPITULO XXXV

Lo que es una madre

MEDITABUNDA y triste, la marquesa hallábase reclinada en una butaca de su gabinete de confianza, con la vista fija en uno de los ángulos de la habitación.

Diríase que bajo aquellos cabellos plateados por los años y por los sufrimientos, se agitaba una terrible tempestad, un huracán de zozobras y de recelos, de inquietudes y de pesares.

A poca distancia de la marquesa, sentada en un taburete y bordando sobre un bastidor de marfil que en sus torneadas rodillas descansaba, estaba Ana, la tierna y amorosa niña que era la alegría de la marquesa, su compañera inseparable, la que en breve sería su hija, si es que la

fatalidad no se interponía para impedir la boda concertada en principio entre Román y ella.

De cuando en cuando, Ana levantaba la vista de su labor para fijarla en la marquesa, y al notar la expresión de tristeza reflejada en el venerable rostro de la noble dama, la tornaba al bordado, no sin que de sus labios partiera un suspiro, y sin que á su mente acudiera esta reflexión:

—¡Pobre doña María! ¡Cómo la atormenta el recuerdo de Andrés!... La verdad es que es muy triste tener un sér querido expuesto á que una bala le arranque la vida.

En esta situación pasó una hora; la marquesa no había desplegado sus labios para decir una palabra; la joven, respetando el dolor de aquella á quien miraba como á una madre, no había querido interrumpir su ensimismamiento.

Además, Ana no había durante este tiempo, dejado ociosa su imaginación; ella también estaba preocupada, ella también sufría. Román, su prometido, el hombre á quien amaba, hacia unos días que se mostraba frío con ella.

¿Por qué? ¿acaso había disminuido su cariño?

Fácilmente se comprende que esta duda bastaba para torturar un corazón que como el de Ana ofrecía sus primicias al amor lleno de fe, y arrobamiento.

El artístico reloj de bronce colocado sobre la chimenea, dió las once.

—¿Qué hora ha dado, hija mía?—preguntó la marquesa incorporándose en su asiento.

—Las once,—contestó Ana.

—¿Cómo se ha pasado el tiempo!

—Sí, bien tristemente. La he visto á usted preocupada, y no me atrevi á interrumpirla. ¿Pensaba usted en Andrés?

—Sí, pensaba en él, pobre hijo mío, rodeado de balas y de emboscadas en el Norte, pero no pensaba solo en él, pensaba también en Román y en tí.

—¿En mí?

—Sí. No he querido decirte nada, hija mía; pero Román...

—¿Qué?—interrumpió la joven devorada por febril impaciencia.

—Román, hija mía, desde hace algún tiempo parece otro que era, sin que yo sepa á qué atribuir esta singular mudanza. Antes, tú lo sabes, apenas salía de casa, sobre todo las noches una sí y otra no, nos las dedicaba; ahora ya ves que caso nos hace á las dos.

—Tendrá sus compromisos de amistad.

—No lo disculpes, Ana. Con seguridad no saldrías á su defensa, ¡pobre niña! si supieras que hace tres días que no duerme en casa.

—¿Qué me dice usted!

—Lo que oyes, Ana.

—Pero ¿dónde ha estado? Quizás en el Casino...

—Es posible, pero no seguro.

Román está en una edad muy peligrosa. Las malas compañías pueden hacer de él un hombre malo, y esto es lo que estoy decidida á evitar, porque mi deber de madre me obliga á ello.

En esta empresa necesito que me ayudes, en la seguridad, hija mía, de que hasta que yo tenga la evidencia de que mi hijo es digno de tí, no se realiza vuestra unión, por la cual excuso decirte que suspira esta pobre madre.

—¡Oh! si, es preciso volver á Román á la buena senda, si es que se ha extraviado.

—Así es, hija mía. He dudado si confiarte este secreto, pero al fin me he decidido, contando con que más puedes tú, que posees su corazón, con tus quejas, que una madre con sus sermones.

—¡El general!—anunció un criado desde la puerta.

—¡Ni una palabra á tu tío!—exclamó la marquesa.

Vallejo iba á recoger á su sobrina solamente, y de aquí que la visita de éste fuera breve.

Media hora después quedaba sola la marquesa de Moratalla entregada á sus reflexiones.

—¿Va á acostarse la señora marquesa?—la había preguntado su primera doncella.

—No. Puedes retirarte. No necesito esta noche tus servicios,—había respondido la madre de Román.

Y con efecto, no los necesitó, porque la marquesa esperando á su hijo, vió amanecer el nuevo día.

Román había pasado la cuarta noche fuera de su casa.

La tarde de aquel día, cuando el joven marqués se hubo levantado, recibió la orden de su madre de que fuera á su gabinete, donde le esperaba para hablarle.

La entrevista entre la madre y el hijo fué una serie continuada de quejas y promesas, de lamentaciones y ruegos, de súplicas y consejos, y cuando Román se despidió de su madre, llevaba el firme propósito de no faltar á sus deberes filiales.

Aquella noche no fué tan triste como la anterior para la marquesa ni para Ana.

Con ellas pasó la velada Román, y unos ratos leyendo poesías, otros tocando el piano, y otros soñando los jóvenes con el porvenir risueño que se les presentaba, se deslizaron las horas dulcemente, y cuando el general fué por su sobrina, los tres lamentaron separarse tan pronto.

Así pasaron tres noches más.

La marquesa, aparte el pesar que la ausencia de su hijo Andrés le ocasionaba, se sentía feliz. En cuanto á Ana, fácil le había sido á Román disipar las dudas de quien tanto le amaba, y la joven era completamente dichosa confiando en la felicidad y en el cariño de su prometido.

A la cuarta noche, después de la comida, Román manifestó que le esperaban varios amigos en el Real,

y que no podía consagrarles la noche como era su deseo, á su madre y á su amada.

Aunque sintiéndolo, los dos se apresuraron á concederle el permiso que tan galantemente les habia pedido, y el joven salió de su casa ofreciendo á su madre que no tardaría en volver.

—Ya sabes que te espero,—fué lo único que le dijo la marquesa.

Solas pasaron la velada la madre de Román y la encantadora Ana.

Cuando ésta se retiró, arrellanándose en una butaca, quedó doña María, esperando el regreso de su hijo.

Después de algunas horas de esperar en vano, el sueño rindió aquella naturaleza ya débil, y la marquesa quedó dormida al calor de la chimenea.

Pocos momentos después penetraba un carruaje en el zaguán, y bajaba de él el marqués de Moratalla.

Precedido de un criado, llegó Román á sus habitaciones, donde le esperaba su ayuda de cámara.

—¿Se ha acostado la señora?—fué su primera pregunta.

—No sé, señor marqués; pero dada la hora que es, lo supongo.

—Está bien; prepárame al instante un traje de etiqueta para mudarme y dile á Juan que enganche las yeguas inglesas, al landó grande y que espere en su puesto. ¡Ah! antes que nada, pónme en este velador la caja de las pistolas damasquinas.

Mientras el ayuda de cámara cumplía este último en-

cargo de su amo, Román, agitado, nervioso, como si una fuerza superior le impidiese estar quieto, iba de un lado á otro de la habitación, que recorría con paso agitado, lanzando de cuando en cuando exclamaciones como ésta:

—¡Habrà canalla! ¡Enviarla un ramo y cortejarla en mi presencia! por supuesto que le he escarmentado... ¡El, hombre de mundo! ¡Pues no se permitía después de ofenderme, darme consejos!... ¡Ah! ¡Cuando pienso...!

—Aquí está la caja, señorito,—dijo el ayuda de cámara, colocando sobre el velador una magnífica caja de nogal y ébano con artísticas incrustaciones de plata y oro.

—Está bien; dispón el traje que te he dicho, mientras yo examino estas armas.

Marchóse el criado y Román se entregó á la operación de revisar las pistolas, mientras su imaginación, adelantándose á los acontecimientos, le presentaba los pormenores de un duelo llevando la intranquilidad á su espíritu.

El marqués no se había batido nunca, pero no se le ocultaba la gravedad del caso.

Conocía las condiciones del duelo y ¿quién le respondía de que su adversario no le alojaba una bala en el corazón?

Disponíase Román á examinar una de las armas, cuando levantándose el portier colocado frente á él, apareció la marquesa.

—Por lo visto, Román,—dijole ésta,—tus protestas de arrepentimiento han sido tan frágiles, que para destruirlas ha bastado ponerte en contacto con las personas que, créeme hijo mío, van á ser causa de tu perdición.

¿Por qué has venido tan tarde?

¿Qué causas tan poderosas han sido las que te han obligado á tener á tu madre levantada y esperando tu regreso hasta las tres de la madrugada?

—Ha sido una causa imprevista,—balbuceó el joven,—un compromiso, una ocupación...

—Pero ¿qué es eso?—exclamó la marquesa fijándose en la caja de pistolas que estaba sobre el velador.

¿Qué ocurre, Román? ¿acaso un lance?... ¿qué ha pasado?

Soy tu madre y tengo derecho á saberlo.

Ves; esas son las consecuencias de la vida que haces...

Pero habla, Román, explícate.

¿Se trata de un desafío?

—Así es, mamá,—contestó el joven, que mientras la marquesa hablaba, habia meditado el partido que habia de tomar.

—Pero ¿te bates tú? pero ¿el duelo es contigo?—interrogó la infeliz madre con ansiedad grandisima.

—No,—repuso Román,—yo soy solamente uno de los padrinos.

Se trata de un lance entre el marques de Cuevahonda y el barón de Torremonje.

El marqués ha recurrido á mi amistad para que le presente en este trance, y como comprenderás, cuestión es ésta que ningún hombre de honor puede rehusar.

—Pero tú sabes, Román, que el caso es expuesto; ¡qué la ley castiga ese delito!...

—La ley, mamá, en este punto se ha escrito para no cumplirla.

Además, aunque así no fuera, aunque tuviera que arrostrar algún peligro, es un caso de honor y tu hijo tiene que cumplir con su deber.

—Tienes razón, Román,—repuso resignada la marquesa, la cual después de informarse de las condiciones en que se había pactado el desafío, se despidió de su hijo, no sin antes exhortarle nuevamente con consejos, que el estado de ánimo del joven se hallaba muy lejos hasta de escuchar.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Román cuando se hubo marchado la marquesa.

Y recogiendo la caja de las armas, al mismo tiempo que hacía sonar un timbre, esperó á que acudieran á su llamamiento.

No tardó en presentarse el ayuda de cámara.

—Inmediatamente,—dijo el marqués con voz imperativa,—lleva esta caja al landó y regresa en seguida á recibir nuevas instrucciones.

Mientras el criado salía á cumplir esta orden, el marqués abrió su *secrétaire* y con mano convulsa trazó en un papel algunas líneas, en las cuales daba cuenta á su madre de que él era uno de los actores del duelo y le pedía perdón por el pesar que la proporcionaba.

Apenas había escrito el sobre de aquella carta, tal vez la última que á su madre dirigía, cuando el ayuda de cámara penetraba en la habitación diciéndole:

—Ya está la caja en el coche.

Cuando el señorito quiera vestirse...

—Sí, ya es hora. Antes he de entregarte esta carta; tómalala y cuidado con que la dés á mi madre antes de las siete de la mañana.

Mientras estas escenas tenían lugar, la marquesa retirada en una de sus habitaciones, reflexionaba sobre lo que con su hijo había hablado.

Su instinto de madre y su corazón, le anunciaban que Román estaba en peligro, y por más que recordaba una por una las palabras del joven, no podía desechar aquellos presentimientos que laceraban su alma llenándola de amargura y de zozobra.

A las cinco sintióse el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta del palacio de Moratalla.

La marquesa corrió presurosa al mirador que aquella habitación tenía, y vió descender de la berlina dos personas.

Esta circunstancia aumentó su zozobra y dió fuerza á sus presentimientos.

Un momento después, vió la marquesa que un criado de su casa hablaba con el cochero que conducía la berlina,

y ésta partía en dirección contraria á la que había traído.

Seguidamente escuchó el rodar de un carruaje por el zaguán del palacio y vió partir el landó, en la misma dirección que había seguido la berlina.

Entonces exhalando un grito, corrió presurosa la marquesa al interior de la habitación y tiró con fuerza de uno de los llamadores.

—En seguida,—dijo al criado que se presentó,—que venga inmediatamente el ayuda de cámara de mi hijo.

Pocos segundos más tarde se presentaba éste y se entablaba entre la madre de Román y su más fiel criado, el siguiente diálogo:

—Manuel,—dijo la marquesa con tono suplicante,—¿tú lo sabes todo! ¿A dónde va mi hijo?

—Señora marquesa, lo ignoro.

—No me engañes, mi hijo va á un desafío, me lo ha dicho.

—Yo lo suponía, nada más, señora.

—Pero Román me ha dicho que iba de padrino á ese lance, y mi corazón me anuncia que me ha engañado, que quien se bate es él, que esas pistolas que hace un momento he visto en sus manos, tal vez dentro de una hora, de media quizás, hayan servido para arrancarle la vida. Dime, ¿quiénes son esos dos caballeros que han venido á buscarle?

—El marqués de Cuevahonda y el señor de Argamilla.

—¿Y qué han hablado?

—Señora, no lo he oído; hubiera parecido indiscreción.

—Dime la verdad, Manuel, ya ves mi ansiedad, mi angustia, mi sufrimiento, ¿tú crees que es mi hijo quien se bate?

—Señora...

—La verdad...

—Lo creo.

—Entonces es preciso evitarlo á todo trance; dime, tú tendrás pruebas, indicios, algo que nos sirva para esclarecer la verdad é impedir que ese duelo se realice. Pero habla, que el tiempo corre y se trata de la vida de mi hijo...

—Señora,—repuso el criado después de un momento de vacilación,—el señorito me entregó una carta para vuecencia, antes de marcharse, pero me prohibió terminantemente que se la diera antes de la siete de la mañana.

—¿Y esa carta?—exclamó palideciendo la marquesa.

—Aquí está,—dijo el sirviente mostrándola á la madre de Román.

La marquesa más bien que tomarla, arrebató la carta al criado, y después de devorar con la vista su contenido, exclamó:

—¡Volando, Manuel, volando! corre, ¡es mi hijo el que se bate! Que enganchen en seguida, vamos, ¿qué haces? es preciso impedir ese desafío; tú me acompañarás...

Pero ¿no te mueves? ¿no ves mi ansiedad? ¿no ves que voy á morir de impaciencia?

Manda que enganchen... mas, ¿á dónde ir?—exclamó,

dejándose caer desplomada en un sillón y vertiendo abundante llanto.

—Señora,—dijo conmovido el criado,—yo no sé si hago bien ó si hago mal; quizás me cueste perder la confianza del señorito, y acaso tenga que pasar los últimos años de mi vida lejos de esta casa, donde hace tantos entré á servir, pero no puedo ver á vucencia sufrir tanto. Vamos á impedir ese lance.

—Pero ¿tú sabes dónde es el duelo?—preguntó con los ojos radiantes de alegría la marquesa.

—Lo sé, señora; oi dar orden al señorito al cochero de que se dirigiese al arroyo de Abroñigal.

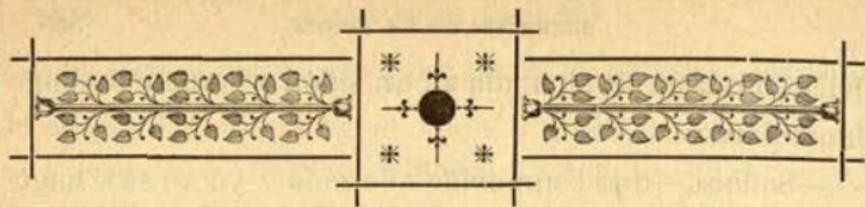
—Vamos, Manuel; no hay que perder un momento, manda enganchar en seguida, quizás llegemos á tiempo de impedir que maten á mi hijo.

Cinco minutos después, salía disparado un carruaje del zaguán del palacio de Moratalla.

En él iba devorada por terrible impaciencia, la marquesa en busca de su hijo.

—¡Dios mio!—había exclamado al montar en el carruaje,—¡qué llegue á tiempo de salvarle!





CAPITULO XXXVI

Un duelo á pistola

GL landeau en que iban el marqués de Moratalla y sus amigos, atravesó rápidamente las calles de Madrid, y acababa de amanecer cuando llegó al arroyo de Abroñigal, que, como es sabido, era el sitio designado por los testigos del duelo para solventar la cuestión pendiente.

El marqués hacía esfuerzos sobrehumanos para aparecer tranquilo, y no sin trabajo decía de cuando en cuando alguna frase que quería hacer pasar por chiste, para demostrar que estaba sereno y que acudía al peligro con la calma de un valiente.

Pero á pesar del empeño que en aparecer tranquilo ponía, la palidez de su rostro, la marcha precipitada de su

pulso, la excitación nerviosa que le dominaba, bien claramente denunciaban que estaba muy lejos de hallarse en el estado de serenidad que fingía.

Al detenerse el carruaje, bajó el marqués de Cuevahonda y dirigiéndose á sus amigos que permanecían en el landeau, les dijo:

—Podéis bajar.

Somos los primeros en llegar y lo celebro, porque en estos casos la exactitud es indispensable.

—Es cierto,—objetó el señor de Argamacilla,—pero no podemos culpar á los otros de retardarse.

Aun no es la hora.

—Verdad.

Creo que este es el sitio que nos indicó el conde.

En efecto, no puede ser mejor.

—Esa es también mi opinión.

—Ese conde es el diablo para estas cosas.

Todo lo ha previsto; el sol ha de apuntar por aquel lado, de modo que ni á un adversario ni á otro ha de molestar.

—Además, mira, el terreno es llano como la palma de la mano.

Hay que convenir en que no ha podido escoger mejor sitio.

Mientras así hablaban los padrinos de Román, éste se paseaba con las manos en los bolsillos del abrigo, sin parar mientes en lo que sus amigos decían.

Su pensamiento estaba lejos de aquel sitio.

Ante el peligro que corría, despertaron en su alma los remordimientos, y veía el dolor de su pobre madre, la aflicción de su amada ante la posibilidad de una desgracia y se sentía tan bajo, tan miserable, que, sin darse cuenta de ello, experimentaba el calor de la vergüenza que subía á su rostro.

—¡La verdad es que el trance es muy serio!—se decía Román.

Y todo ¿por qué? por una mujer que no merecía...

¡Si yo hubiera hecho caso de mi pobre madre!... pero no: el hombre es así, deja lo puro por lo grosero, el paraíso por el infierno!

En fin, ya está hecho; retroceder no cabe y lo que sea sonará...

Pero ¿y si tengo la desgracia de que me maten?

Ese hombre... es un tirador de primera, según me han dicho los amigos para *tranquilizarme*...

Pero ¿para qué pienso en esto?

Merelo es hombre experimentado y no debo olvidar su consejo.

«No piense usted en el peligro, —me ha dicho,— mucha serenidad y nada más.» Esto es todo.

¿Qué se hace?—preguntó dirigiéndose á los testigos para desechar sus preocupaciones.

—Reconocemos el terreno,—contestó el señor de Argamacilla.

—No es malo.

—Así nos parece, sobre todo será muy bueno si en él sale usted vencedor.

—¡Quién sabe!—murmuró Román.

Cinco minutos tan sólo faltaban para las seis, cuando asomó por el mismo camino que había traído el landeau del marqués de Moratalla, otro carruaje arrastrado por el galope de dos briosos caballos.

Un instante después, éstos detenían su carrera y descendían del vehículo cuatro personas.

Eran éstas el señor de Linares, adversario del marqués, el barón de Gomales y el conde de Opar, testigos, y el doctor Ramírez.

Los cuatro personajes avanzaron hasta reunirse al grupo que formaban los otros actores de aquel drama, que había empezado en el escenario del teatro Real y cuyo desenlace había de tener efecto en aquel paraje.

Cambiados los correspondientes saludos, los padrinos se retiraron á conferenciar y disponer los últimos preparativos, mientras el médico en un lugar apartado revisaba el botiquín, y los adversarios, paseando en distintas direcciones, esperaban el momento del combate.

Los padrinos del marqués mostraron á los de Linares las pistolas de Román que llevaban, las cuales fueron co-tejadas y examinadas por éstos con todo detenimiento.

—Aceptadas,—dijo el conde de Opar.

Y como la mañana está fresca y no es cosa de que cojamos una pulmonía, si á ustedes les parece vamos á despachar en seguida.

Aceptada la idea, se activaron los preparativos.

Se midió la pólvora, se examinaron los proyectiles, reconocióse por última vez el terreno, y convenientemente cargadas las armas, se entregaron á los adversarios luego de cumplidas todas las formalidades y cuando cada uno estuvo colocado en su puesto.

Apenas terminadas estas operaciones, escuchóse el rápido rodar de un carruaje que avanzaba hacia aquel sitio.

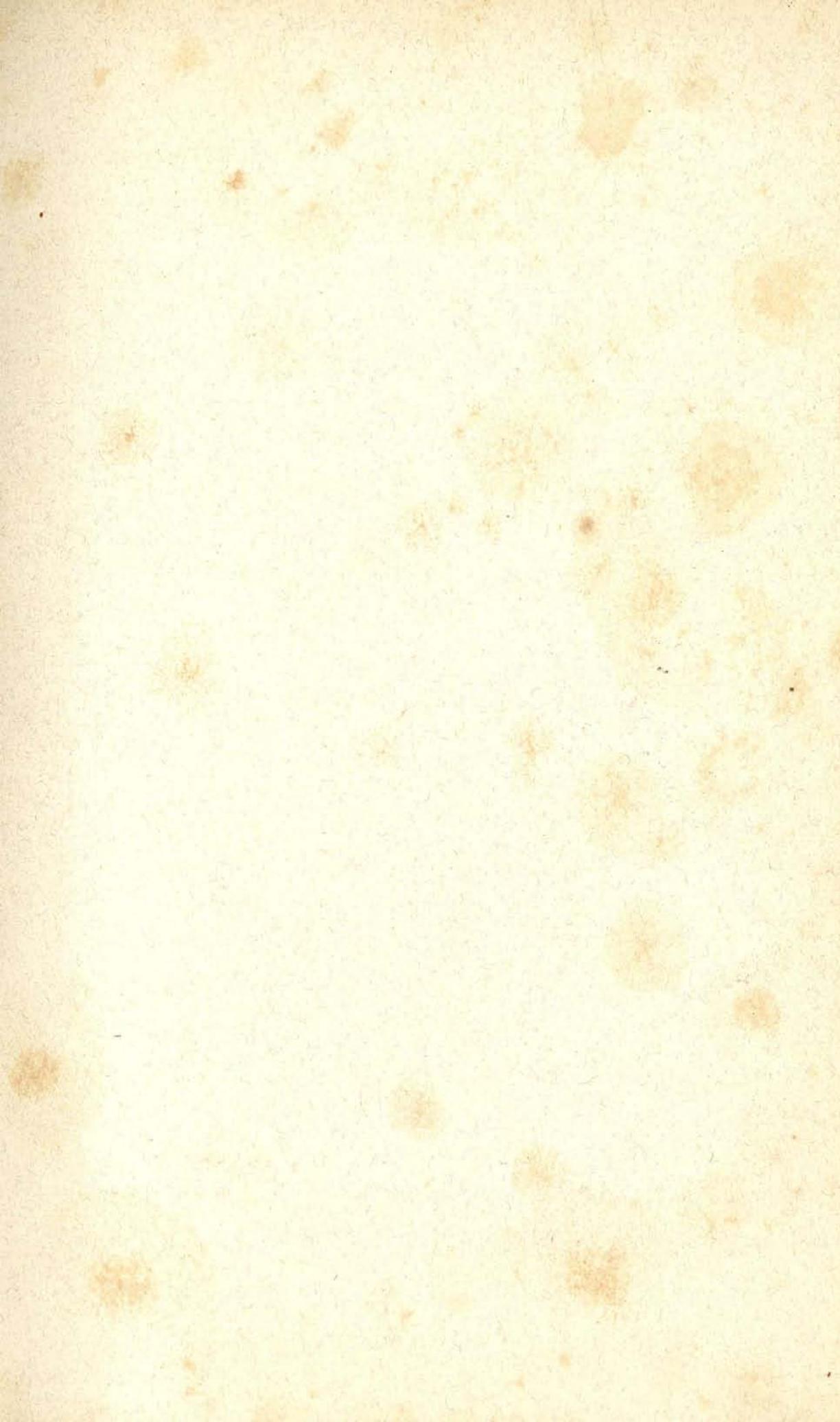
Las miradas de los testigos se fijaron en el camino que á aquel paraje conducía y vieron que, en efecto, venía un coche, poco menos que disparado.

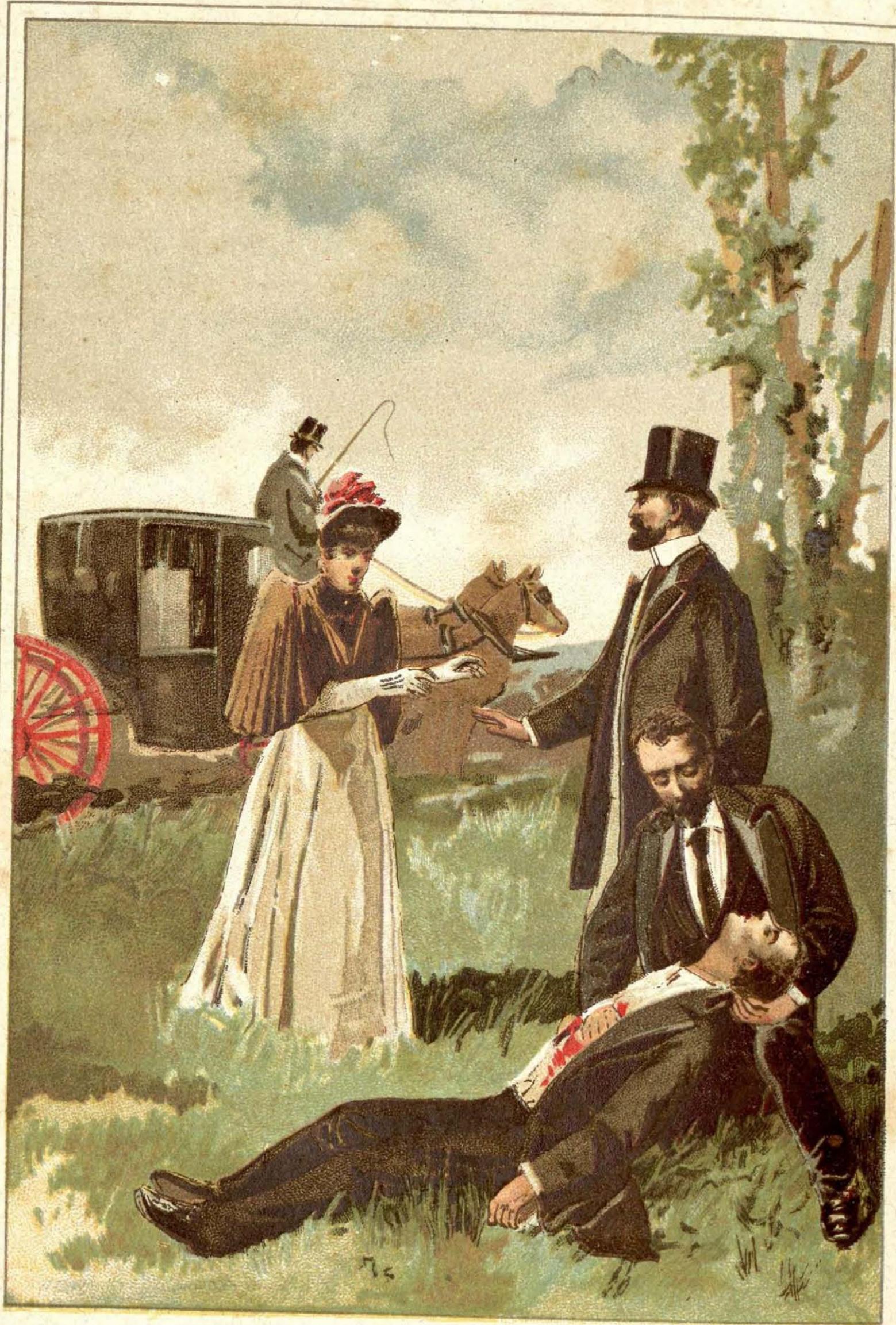
—Acabemos, señores,—dijo el conde de Opar, y en aquel instante éste y el marqués de Cuevahonda, dieron la señal y escuchóse el ruido de dos detonaciones.

En aquel momento el sol mostrábase por entre las montañas que circundaban aquel sitio, y con sus tenues rayos alumbraba á Román, que caía pesadamente en tierra bañado en sangre.

—Esto ha terminado,—dijo el barón de Gomales, estrechando la mano de su representado.

Los padrinos del marqués y el médico, corrieron presurosos al lado de Román; pero aun no habían tocado al





¡Hijo de mi alma!

herido, cuando una dama, con los plateados cabellos en desorden, con la mirada extraviada, el rostro pálido como la cera y en un estado de desesperación indescriptible, se interpuso exclamando:

—¡Mi hijo! ¡Hijo de mi alma!

Era la marquesa de Moratalla, que prosiguió gritando:

—¿Le habéis matado, miserables?

¿Quién, quién ha sido el asesino?

¿Qué mal ha podido causaros mi pobre hijo?

Pero así no podemos estar.

Un médico, que venga un médico,—gritó.

¿Vive mi hijo? ¿puede salvarse?

Hablad señores, decidme algo, algo que pueda calmar la angustia, la desesperación, el dolor inmenso, que experimenta una madre.

¿No ha venido con vosotros un médico? ¿dónde está?...

¡Dios mio, qué desgracia tan grande!

—Señora marquesa,—dijo el doctor Ramirez llegando hasta la madre de Román,—yo soy el médico y me disponía á reconocer al herido, cuando usted se ha presentado é interpuesto entre el paciente y yo, retrasando indudablemente la cura.

—¡Ah! perdóneme usted, no sé lo qué me hago.

Venga doctor; mire usted la herida.

¿Es de peligro? ¿se salvará mi hijo?

No me oculte usted la verdad. Sálvele, salve usted á Román, y cuanto tengo es de usted.

El médico sin replicar, sin duda queria ganar el tiem-

po perdido, se arrodilló ante el marqués, le desabrochó el chaleco, rasgó la camisa, y durante más de tres minutos permaneció observando la herida que sondó, y cuya bala logró extraer.

La marquesa, de rodillas, junto á su hijo, oraba con los ojos elevados al cielo.

Los padrinos permanecían de pié, vivamente emocionados ante el dolor y la desesperación de aquella madre.

Linares junto á ellos, presenciaba el cuadro con cierta zozobra, y por su frente corrían gruesas gotas de sudor.

Al fin el médico alzó la cabeza, y con grave acento exclamó:

La herida es de bastante cuidado, pero no hay que desesperar.

—¿Espera usted salvarle?—exclamó la marquesa.

—Confío en la ciencia.

—Si, sálvele usted, y le deberé la vida de mi hijo. ¡Pobre Román, á que estado te conduce tu mala conducta!

Luego una nueva ráfaga de desesperación invadió el cerebro de la marquesa, y midiendo con la vista á las cinco personas que junto á ella permanecían, preguntó:

—¿Quién es el que ha matado á mi hijo?

—Señora,—repuso Linares, no sin hacer un esfuerzo para que la voz saliera de su garganta.—Nadie ha matado á su hijo de usted, puesto que ya lo ve; el marqués vive.

—¿Quién sabe si dentro de unos instantes habrá dejado de existir! El médico puede equivocarse.

—Señora, él le ha dicho á usted que vivirá, y no se equivoca fácilmente.

Por lo demás, yo he sido el adversario del marqués; yo he sido quien le ha causado esa herida, pero ha sido noble y lealmente, como cumple á un hombre de honor.

Anoche,—siguió diciendo Linares,—por una cuestión insignificante, que ningún hombre prudente y de mundo puede considerar como cuestión de honra, su señor hijo se permitió insultarme en público.

Le amonesté por su atrevimiento, y me permití darle un consejo. En vez de agradecermelo, levantó la mano hasta la altura de mi rostro. Ante esto, usted comprenderá que el lance era inevitable.

Yo lamento las consecuencias; pero á su buen juicio, señora, no puede ocultarse mi situación, y seguramente oídas estas razones, se aplacará su ira contra mí. Ahora, señora marquesa, permitirá usted que me retire.

—¡Todo lo comprendo!—exclamó la marquesa sollozando.

Retírese usted, y ruegue al cielo para que mi hijo se salve. ¡Qué desgraciada soy! ¡pobre Román!...

El médico, mientras esta escena tenia lugar, habia estado practicando la primera cura, auxiliado por los testigos del marqués.

—¿Morirá mi hijo?—preguntó nuevamente la marquesa.

—Creo que no, señora,—repuso el médico.—Ahora con-

viene trasladarle inmediatamente á Madrid; el frío puede hacerle mucho daño, sobre todo, si como creo, la fiebre se presenta pronto.

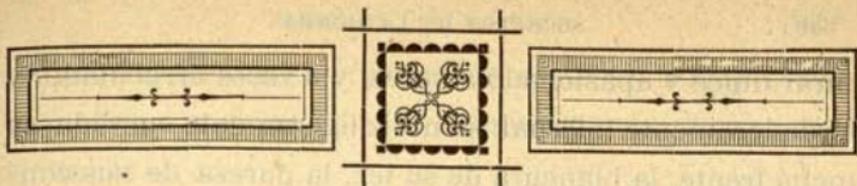
Señor de Argamacilla,—siguió diciendo el doctor,—vaya usted al carruaje, y que traigan los almohadones, para colocar en ellos al herido. Es preciso evitar el movimiento, porque podría sobrevenir una nueva hemorragia, y entonces no respondo de nada.

Breves instantes después, el señor de Argamacilla y el ayuda de cámara de Román, que como es sabido había ido acompañando á la marquesa y se había quedado en el coche, volvían con los almohadones, los tendían en el suelo, y sobre ellos se colocaba con gran cuidado el cuerpo del marqués.

Entre los padrinos, el médico y el ayuda de cámara de Román, fué transportado éste sobre los almohadones, al landeau, al cual subió también el médico, no sin prevenir antes al cochero, que no saliera del paso y que fuera evitando el más pequeño tropiezo; en ello va,—le dijo,—la vida de tu amo.

La marquesa y los padrinos subieron en el otro carruaje, emprendiendo á paso lento el regreso á Madrid aquel triste cortejo.





CAPITULO XXXVII

Antecedentes

NRECISO nos es retroceder para explicar las causas que motivaron el lance de honor ventilado en el anterior capítulo, entre el marqués de Moratalla y el señor de Linares.

Por las frases pronunciadas tanto por el marqués como por su contrincante, habrá comprendido el lector que había, como hay por regla general en estos casos, una mujer de por medio.

En efecto, mediaba en la cuestión una mujer, y una mujer encantadora por su belleza, una artista del teatro Real, la Colombi que se había hecho célebre, si no por sus condiciones artísticas, por su singular hermosura.

Sus negros ojos, cercados de espesísimas pestañas, su

mirar dulce y apasionado á veces, y á veces arrebatador y verdaderamente infernal: su nariz ligeramente curvada, su ancha frente, la blancura de su tez, la pureza de sus contornos, el color arrebatado de sus labios, la morbidez de sus carnes, sus dientes de purísima blancura... todo en esta mujer era de una perfección tal, de un atractivo tan grande que no era extraño se agitase á su alrededor una nube de galanteadores.

¿Quién era la Colombi? ¿Quién era Linares?

La existencia de estos dos seres aunque, nadie en Madrid nada había sospechado, estaba unida por lazos estrechísimos, y aunque estos personajes no jueguen importantísimo papel en la obra, algo hemos de decir sobre su pasado siquiera sea como explicación del presente.

Linares había nacido en Puerto Rico, y en aquella capital se había criado.

La prematura muerte de sus padres le dejó dueño de considerables riquezas, y la de un tío suyo que había sido instituido su tutor, árbitro de ellas y de su voluntad.

Sensible, orgulloso, y dotado de la imaginación que suele distinguirse en los naturales de aquel clima, sus pasiones se desarrollaron muy pronto.

Libres de toda sujeción tomaron un vuelo increíble, y auxiliadas de la facilidad que da para satisfacerlas el oro, fueron bien pronto el único móvil de los pasos y acciones de Linares.

Los jóvenes más corrompidos eran sus inseparables compañeros, y el juego y la disolución, sus ocupaciones continuas.

La dependencia en que su prodigalidad ponía á sus amigos, había aumentado su altivez, en términos que la más ligera contradicción era para él un insulto imperdonable; y el éxito de sus primeras tentativas en la carrera de los vicios había enardecido sus deseos, hasta el punto de no sufrir resistencia ninguna.

Atropellaba por vencerla toda consideración y respeto, y estaba siempre pronto para romper los diques que la religión y las leyes oponen á una desenfrenada conducta.

Las celosas observaciones de los antiguos criados de su padre llegaron á excitar su indignación, y para librarse de ellas, los había reemplazado con disipadores complacientes que á fuerza de condiciones onerosas, le suministrasen recursos para ocurrir á sus ruinosos gastos.

Se abandonaron, pues, los bienes, se contrajeron deudas; y á pocos años de esta administración se vió lleno de trampas, hecho el blanco de la persecución de los acreedores, y lo que más sentía imposibilitado de satisfacer sus locos devaneos.

Algunos sinsabores que le había acarreado la violencia nunca reprimida de su carácter, le habían advertido sus errores; pero era tarde para la enmienda.

El clamor nunca acallado de los acreedores llegó á penetrar muy pronto hasta los tribunales; el pingüe patrimonio de Linares fué vendido y distribuido entre ellos, y

éste á la edad de veinticinco años, se vió sin medio ninguno de subsistencia, y con el recuerdo del abuso de su prosperidad pasada.

El juego que era su pasión favorita, le ofrecía esperanzas de recobrar sus perdidas riquezas.

No pudiendo contar con la suerte que le había sido tan contraria hasta allí, apeló á medios ilícitos; y como estaba dotado de viveza y de luces, se hizo con el tiempo un tahur de primera fuerza.

Con este medio infame comenzó á reparar su desgracia, halló recursos para alimentar y satisfacer sus desordenadas pasiones, y volvió á ostentar el lujo y opulencia de su primer estado.

Pero algunas de las víctimas de su maravillosa destreza, principiaron á dudar de su legalidad, uno de ellos creyó sorprender un golpe de este detestable manejo y en el estado de inflamación en que se halla la sangre de un jugador arruinado, se dejó llevar de su cólera y furor. Linares que cuando más olvidaba las estrechas leyes de la honradez, tanto más blasonaba de ella, como sucede á cada paso, se picó vivamente, y respondió al insulto con la amenaza.

El otro se arroja sobre él, los compañeros le separan, y una seña de Linares, fué la provocación del duelo.

Saliéronse á la calle disimuladamente, procuráronse armas, y Linares atravesó á su contrario, que tuvo la desgracia de morir pocas horas después.

La publicidad de la riña que había precedido al homi-

cidio, designó á Linares por autor de él; y para huir de la persecución de la justicia, y del resentimiento de la familia poderosa de su víctima, dejó Puerto-Rico y pasó á la Habana, en donde se mudó el nombre, y continuó en su lucrativa profesión.

Linares tenía mérito en su figura, vestía con gusto y elegancia, no carecía de modales; y aunque su espíritu distaba mucho de estar debidamente cultivado, la sutileza de su ingenio suplía la falta de instrucción, y sabía parecer amable con particularidad al bello sexo, que suele deslumbrarse con las cualidades exteriores que brillaban en aquel tahir.

Así consiguió que se le apasionase una señorita principal, y casándose con ella, entró en la posesión de su cuantioso dote. Pocos meses después, conoció su esposa el desacierto de su elección, y las depravadas costumbres del compañero de su suerte.

Las advertencias y las amonestaciones más suaves, no consiguieron sino exasperar á un hombre que no había tolerado nunca freno alguno. Le era insufrible dar á su mujer cuenta de sus acciones, y el tolerar la censura de sus locos y desmedidos gastos; y el colmo de la tiranía y de la servidumbre, el retirarse á su casa á las horas acostumbradas de la noche. La infeliz esposa veía disiparse su hacienda, y en visperas de ser madre, temía por la subsis-

tencia del sér que debía dar á luz, pero sufría con resignación una suerte de la que no podía acusar á nadie.

Ya hacía tiempo que había llegado un requisitorio contra él; mas el nombre supuesto que había tomado le ponía al abrigo de la sospecha.

Un día creyó reconocerle por detrás un amigo que había llegado de Puerto-Rico, le llamó por el nombre de Linares, él volvió la cabeza inadvertidamente, y el otro se arrojó en sus brazos.

Este hecho que fué público, no dejó de llamar la atención de uno de los circunstantes, que le conocía y trataba con diferente nombre; y habiendo hablado de ello, aunque inocentemente, llegó pronto á oídos de las autoridades. Estas, quisieron cotejar las señas; y preguntando por las que tenía Linares, se aseguraron de que convenían con las del requisitorio indicado.

Se retiraba, pues, Linares, á deshora de la noche de sus acostumbrados excesos, y al llegar á su casa, vió que estaba cercada, y supo que reclamaban su persona. Torció despavorido sus pasos, corrió á ocultarse por de pronto, y aprovechando la ocasión de un buque extranjero que se hacía á la vela, se embarcó para Vera-Cruz, dejando en la desolación y el abandono á su desgraciada esposa.

Allí permaneció poco tiempo; vino á Europa, después recorrió muchos y diferentes países y últimamente, se detuvo en París.

Durante sus viajes hizo grandes progresos en su pernicioso habilidad, y á beneficio de ella se presentaba con un lujo extraordinario.

En París vivió con grande ostentación.

Frecuentaba los círculos más altos y en todos ellos se le consideraba y atendía. Hombre de mundo, hábil y experto, sabía atraerse á aquellas personas cuya amistad más tarde podía explotar y pasaba por persona de buen gusto.

Afortunado con las mujeres, pródigo con ellas, contaba por docenas las conquistas y era objeto de la envidia de los sietemesinos parisienses, para los cuales sus consejos tenían gran valor y á ellos recurrían con frecuencia.

Durante su apogeo en París, frecuentaba los teatros antes de retirarse al círculo donde se entregaba á su industria, al juego.

Una noche, hallabase en los Italianos, á donde había ido por casualidad, cuando hizo su presentación en la escena, la Colombi, cuyo nombre de pila era Genoveva.

La belleza incomparable de la artista, llamó poderosamente la atención de Linares, y al siguiente día se hizo presentar á la cantante.

Nacida en Italia, y educada bajo la tutela de una anciana, Genoveva se había criado haciendo siempre sus caprichos y sin ser jamás contrariada por la pobre señora que le servía de madre.

Genoveva era pobre: el escaso capital que sus padres le legaron, lo había disipado en vivir en otra esfera de la que su posición le imponía y al cumplir diez y seis años, tuvo que pensar en hallar el medio de vivir.

Tenía una voz regular, sabía canto y el teatro la cautivaba. Al teatro, pues, fué á parar.

Gracias á su extraordinaria belleza, en el teatro vivía, y sus infinitos galanteadores la sostenían un lujo que seguramente jamás habrían podido costearle las empresas.

La conquista de Genoveva fué bien fácil para Linares, tanto más cuanto que la joven llegó á apasionarse de su nuevo galanteador, cuyos obsequios admitió desde un principio, rehusando desde entonces cuantos por otras personas se le hicieron.

Linares y la Colombi llegaron á identificarse, lo cual dió mucho que hablar en París por el lujo que desplegara la artista.

Cansada la suerte de proteger á Linares, empezó á volverle la espalda.

Quiso plantear sus combinaciones en el juego y vió que era imposible.

El dinero iba acabándosele y aquel hombre vividor pensó en la necesidad de agenciarse los medios de vivir, fueran los que fueran.

Una noche en que los dos amantes se hallaban solos

en el gabinete de Genoveva, Linares arrellanándose en una butaca, exclamó:

—Si te parece, Genoveva, vamos á hablar de un asunto para los dos muy importante.

—Habla, ya te escucho,—repuso la joven.

Entonces se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Querida mía,—dijo Linares.—Como ya te indiqué, hace hoy un mes precisamente, estoy arruinado. Los medios que tenía, no muy lícitos para agenciarme, el dinero que veníamos gastando alegremente, se han agotado, y como comprenderás, hay que sustituirlos por otros.

Genoveva guardó silencio.

—Yo no sé,—siguió diciendo Linares,—si me habré equivocado al juzgarte; pero por si acaso, quiero que escuches mi juicio respecto de tu bellissima persona.

—A ver, ¿qué juicio es ese? Cree que lo espero con ansiedad para saber si te equivocas, que mucho lo temo.

—Quizá no. Escúchame.

—Te escucho.

—Tú, Genoveva, eres una mujer voluble como mujer, al fin caprichosa, apasionada del lujo y de los placeres, de carácter indomable, de resolución grandísima y de más cabeza que corazón, sin que esto quiera decir que seas un talento.

¿Me equivoco?

—No; pero continúa.

—Tú has nacido para ser inmensamente rica, para brillar, para consumir los más fuertes capitales con tus ca-

prichos. En suma, Genoveva, con tu hermosura, con tu arte de fingir y con tus conocimientos del corazón humano, tienes un porvenir brillantísimo; pero esto no lo obtendrás jamás marchando sola por ese camino que tu destino te marca. Sola tú, naufragarías en el primer escollo de un capricho. ¿Me equivoco?

—No.

—Entonces sigo mi discurso. ¿No podíamos los dos constituirnos en sociedad? Unidos por el amor, hablemos con propiedad, por la amistad, porque el amor, tal y como lo definen los poetas, ni tú ni yo lo hemos conocido, ni lo conoceremos; unidos por una buena amistad, nos es muy fácil constituir la sociedad bajo la razón social «Colombi-Linares,» y siempre de acuerdo, si te dejas llevar por mis consejos, no nos faltarán *amantes* que vengan á vaciar sus arcas en nuestra caja á cambio de tus favores. ¿Qué te parece la idea?

—Tan aceptable la encuentro, —repuso Genoveva,— que si tardas en proponérmela unos días más, soy yo la que plantea esa cuestión.

—¿Según eso?

—Queda firmada la escritura.

Como convinieron en aquella entrevista Linares se ausentó de París y el marqués de Hauteville le reemplazó al lado de Genoveva, no perdonando medio de eclipsar el

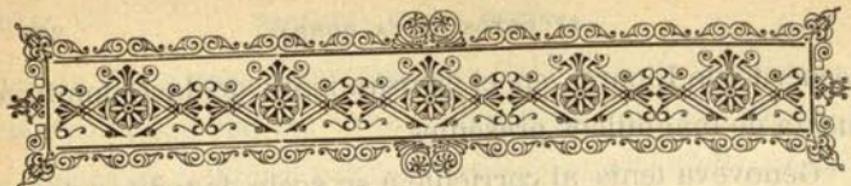
recuerdo de Linares en el pensamiento de la Colombi á fuerza de magníficos presentes.

Genoveva tenía al corriente á su socio de todo, y desde Roma, Linares le enviaba sus instrucciones.

«Es preciso que *liquides*,—le escribió un día,—haz almoneda, sin que nada traduzca el marqués: pídele treinta mil francos y con los cien mil que dices le has sacado, toma el tren y vente. Te he buscado contrata y creo has de causar sensación aquí.»

Genoveva cumplió al pié de la letra las instrucciones que recibiera, y seis días después abandonaba Paris con dirección á Roma, donde le esperaba Linares.





CAPITULO XXXVIII

Donde prosigue el asunto del anterior

LINARES y Genoveva eran más que dos amantes, dos socios que comerciaban con la hermosura de la artista: dos corazones cerrados á toda afección, á todo sentimiento noble y elevado, y sólo sensibles á las caricias del oro, que se daban gran maña para derrochar.

La estancia de estos dos personajes en Roma, fué breve. Una aventura escandalosa obligó á la artista á rescindir el contrato con la empresa y entonces Linares decidió venir á España, á cuyo fin trabajó con la empresa de nuestro primer teatro para que contratara á Genoveva.

Linares se presentó en la corte española algún tiempo antes que su cómplice y asociada.

Gracias al lujo desplegado á sus conocimientos de mundo, á sus maneras y á la simpatía que despertaba en cuantos le trataban, no tardó en hacerse un puesto en esta sociedad que de muy antiguo no pregunta, no inquiere, quién es éste ni quién el otro, sino que se postra ante el oro y ante las formas, sin tratar de sondear las conciencias ni los corazones.

Linares fué presentado en los casinos, en los círculos aristocráticos, en todos aquellos lugares á que concurría lo más distinguido de la sociedad y bien pronto contó los amigos por docenas.

Cuando el adversario de Román se hizo el lugar que deseaba, llegó Genoveva á Madrid, y pocos días después hacía su presentación ante el público de la Opera.

Este, tan exigente por regla general con los artistas, deslumbrado por la hermosura de la cantante, no se fijó en sus méritos, sino en sus cualidades de mujer hermosa, y aunque el público inteligente mostróse frío y reservado, de los palcos y de las butacas brotaron aplausos para aquella artista de segunda fila.

Desde aquel día Genoveva fué el blanco de las miradas de todos y los jóvenes y también los viejos se disputaban sus sonrisas.

Vivía Genoveva en un magnífico hotel, tenía numerosos criados, lucía en la calle y en los paseos lujosos trenes y magníficos vestidos y claro, como su sueldo, era un sueldo pequeño, insuficiente de todo punto para sostener aquel fausto, la honradez y la virtud de Genoveva desde el

primer instante, no ya se puso en tela de juicio, sino que fué negado por todo el mundo.

Ese mismo lujo en que la joven vivía, servía para librarla de los cortejos que se conceptuaban humildes para llegar á tan alto, y al poco tiempo de su permanencia en Madrid, su tertulia de íntimos quedaba reducida á unos cuantos aristócratas y gente de gran posición.

En cuanto á Linares, dicho se está que se contaba entre los amigos de Genoveva; pero nadie pudo sospechar jamás que fueran dos asociados, sino que pura y simplemente existían entre ellos las relaciones que median de ordinario entre un hombre de la alta sociedad y una artista y mujer del gran *demimonde*.

Expuestos estos antecedentes, vamos á dar cuenta de las escenas que precedieron al lance de honor solventado entre Linares y el marqués de Moratalla.

Román, aunque por su condición y carácter gustaba de fiestas y diversiones propias de gente moza y que cuenta con elementos por su brillante posición social, no se había permitido grandes calaveradas en los veintitrés años de su existencia.

Jugaba, pero sin ceguedad, sin pasión, sino por entretenimiento.

Sus amigos le conocían algunas aventurillas, pero de las corrientes, de las que no dan que hablar ni traen con-

secuencias: á veces se le vió alternar en bromas ruidosas y aun en alguna que otra orgía, pero hasta que lo presentamos á los lectores, la marquesa no había tenido otra queja de él que la de que no cogía jamás un libro, aunque después de todo se decía al marqués: ¿qué falta le hacía teniendo los millones heredados de su padre?

Por lo demás, Román no hacía ni más ni menos que lo que suelen hacer los jóvenes de su edad y de su clase.

Sin embargo, estudiando detenidamente sus actos y su carácter, notábase, sin profundizar demasiado, una diversidad de sentimientos, unos cambios tan bruscos en su espíritu, que diríase que su corazón estaba formado de fango, con algunas partículas de oro entremezcladas con el lodo.

Dícese y es verdad, que el hombre hay que juzgarle no sólo por sus principales actos, sino por los detalles también. Pues bien; un observador cualquiera que hubiera estudiado al marqués de Moratalla, interrogado por el concepto que le merecía, habría con seguridad contestado:

«Es hombre de poco nobles instintos; de carácter falso, orgulloso, incapaz de sentir una pasión noble; pero al par que estas cosas revela, tiene momentos en que aparece noble, digno y elevado, en que siente, y se inclina al bien.

»Mas estos instantes son cortos y de nuevo cae en el mal á que le inclinan su condición y carácter.»

Este era en realidad, el marqués de Moratalla.

La noche en que Genoveva se presentó al público, Román ocupaba uno de los palcos proscenios interiores del escenario, con varios de sus amigos.

La aparición de la artista fué un relámpago que cegó á aquellos que viven para el amor y el placer, y cuyos sentidos fácilmente se emocionan.

—¡Qué hermosa mujer!—dijo uno.

—¡Encantadora!—repuso otro.

—¡Admirable!

—¡Divina!

—Tenéis razón,—dijo Román,—no cabe nada más hermoso. Casi estoy por deciros que me ha impresionado profundamente.

—¿Pues si no dices más que eso?—repuso un joven secretario de Embajada allí presente.—Ese efecto lo produce esa mujer, donde quiera que ha ido y vaya.

—No me he explicado, señores;—repuso Román.—He querido decir que estoy dispuesto á hacer un sacrificio para obtener sus favores.

—Ya tenemos á Román metido á *aventurero*,—dijo el marqués de Cuevahonda.

—Pues mucho cuidado, amiguito, que esa mujer suele proporcionar serios disgustos.

—¿De veras?—preguntó Argamacilla.

—De veras. He oído referir historias que no son muy tranquilizadoras para los que de esa mujer se ocupan.

—¿Pero qué peligros corren sus admiradores?

—Uno pequeño: el de arruinarse.

—¡Ah!—exclamó Argamacilla.

—En ese caso,—dijo Román,—voy tranquilo al palenque. Soy menor de edad y no puedo vender las fincas que heredé de mi padre, luego sólo peligran las rentas.

—Sí; pero puedes contraer deudas,—objetó Argamacilla.

—Las pagaría mi madre,—repuso Román.

—Pues llámale hache.

—Yo creo,—repuso Román,—que este embajador en ciernes, exagera.

—Tal es también mi opinión,—repuso el marqués de Cuevahonda.

—Bueno, el tiempo os demostrará si tengo ó no razón al advertiros lo que os advierto.

—Pero ahora que caigo, señores míos, estamos hablando del asunto como si realmente Román ya estuviera cortejando á la encantadora Colombi,—dijo el hijo del duque de Ventura allí presente.

—Lo cual nada tiene de particular,—repuso Argamacilla,—porque podéis creerme, Román ha caído prisionero de esa beldad.

—Y tanto,—añadió el secretario de Embajada,—que nos ha declarado está dispuesto á hacer un sacrificio por obtener las sonrisas de la Colombi.

—Las sonrisas. ¿Eh? ¡Qué puro y qué honesto nos resulta este marqués de Moratalla,—dijo el de Cuevahonda. —Yo apuesto á que Román no da veinte reales por una sonrisa de esa mujer.

—Hombre,—dijo el marqués,—sois de lo más pesado que conozco.

Lo que he querido decir se sobreentiende y digáis lo que digáis, yo os aseguro que he de hacer cuanto pueda por obtener...

—¿Sus sonrisas?—preguntó con malicia el marqués de Cuevahonda.

—El cariño ó los favores de esa mujer.

—¿Aunque te arruines?

—Aunque me arruine.

—¿Y á pesar del escándalo que darás?

—A pesar de todos los pesares.

—Pues, señores;—dijo el embajador en ciernes,—proclamo que el marqués de Moratalla se hace acreedor á la cruz de San Fernando, por su heroico valor. ¡Hurra por el marqués!

Todo el tiempo que duró el entreacto Román y sus amigos, prosiguieron aquella conversación que no tardó en ser una verdadera batalla de indirectas y epigramas.

Mientras tanto, Román pensaba en los medios que habría de escoger para aproximarse á Genoveva.

En este estado las cosas, entró en el palco ocupado por los jóvenes Perico Miró, uno de esos tipos frecuentes en la alta sociedad, que no piensan en otras cosas que en caballos y mujeres, que en todas partes se hallan, que en

todo se entrometen y que antes perdonan á un criminal que á quien no sepa calzarse unos guantes con elegancia ó llevar un frac con soltura.

—¿La habéis visto?—preguntó al entrar.

—¡Admirable!—contestó el marqués de Cuevahonda.

—Y vosotros, ¿qué sabéis si es admirable ó no? para decirlo es preciso verla como la he visto yo. Oir su conversación, aspirar el ambiente que hace en su alrededor. ¡Qué mujer, amigos míos, qué mujer!

—¿Luego tú la has hablado, Perico?

—Como te estoy hablando á tí.

—¿Y quién te ha presentado?—preguntó con el interés que adivinará el lector,—el marqués de Moratalla.

—¿Quién, pues, Linares?

—¡Ah! extrañábame que ese no la conociera,—repuso Argamacilla.—Conoce á todo el mundo.

—No, pues, lo que es á nuestra beldad, no la conocía.

—Entonces ¿cómo ha podido presentarte?—preguntó Román.

—Os contaré lo que ha sucedido.

Estábamos en el palco Linares, tres amigos míos y yo, cuando salió por primera vez en escena la Colombi. Yo impresionado por su hermosura...

—Cuidado, Perico,—dijo el marqués de Cuevahonda,—que tienes aquí un rival.

—¿Un rival?

—Sí; un rival y decidido. Román acaba de decirnos que está dispuesto á sacrificar su fortuna y hasta su vida...

—Eso no lo he dicho,—interrumpió el marqués de Moratalla.

—Bueno; pero se supone: á sacrificar su vida y su fortuna, á esa mujer.

—Pues por mi parte que sea en buen hora. A mi me impresionó; pase la palabra, pues que la pronuncie ya, como me puede impresionar toda mujer que valga lo que ella vale; pero nada más.

Puedes estar tranquilo, Román. Y hecha esta declaración para tu tranquilidad, mi querido amigo, sigo mi historia.

—¡Hermosa mujer! exclamé.

—¡Si que es guapa! dijo Linares.

—Mucho, repitieron los otros, y empezamos á analizarla con la misma escrupulosidad y detención con que un naturalista examinaría un raro ejemplar de cualquier especie.

Luego se me ocurrió decir:

¿Quién nos presentaría á esa mujer? ¿Quién la conocería?

Ninguno la conocíamos, y entonces yo dije:

¡Vaya, está visto que no he de ser presentado esta noche!

—Será porque usted no quiere, dijo Linares.

—¿Pues y eso? pregunté.

—Si usted quiere yo le presentaré.

—¿La conoce usted?

—¿Yo? En mi vida la he visto.

—¿Entonces?...

—Nada más fácil; nos presentamos nosotros mismos. Crea usted que, según mis informes, no se molestará por ello nuestra artista. ¿Se atreve usted?

—¿Por qué no? le dije.

Y hétenos aquí al buen Linares y á mí, camino del Paraíso. Es decir, camino del cuarto de la Colombi.

Os declaro, amigos míos, que no he visto otro hombre como ese. ¡Qué simpatías tan grandes tiene! y ¡qué modo de conducirse y expresarse tan agradables!

Llegamos, nos recibió, y dijo Linares en correcto italiano á la artista:

—Somos dos admiradores de vuestra voz, de vuestro arte y de vuestra hermosura; y como no quedarían tranquilas nuestras conciencias de hombres galantes sin cumplir un deber tan imperioso como el de rendir tributo á vuestra belleza, nos hemos permitido llegar hasta este sitio para presentarnos á usted como sus más entusiastas admiradores, y sus mejores amigos, si usted nos otorga este título.

Y nada más.

Ella se mostró muy satisfecha. Celebró la ocurrencia y ha sostenido con nosotros una animada conversación, en la cual ha hecho gala de su ingenio y de su coquetería también.

Y puesto que ya conocéis la historia y yo me he enterado de vuestra opinión respecto de la Colombi, que es á lo que venía, quedad con Dios que Linares me espera.

Así diciendo, Perico Miró salió del palco; pero aun no había dado tres pasos por el corredor, cuando oyó la voz de Román que le llamaba.

—Quiero pedirte un favor,—le dijo el marqués de Moratalla.

—Me figuro cual es y te lo otorgo. Pero habrás de esperar á mañana para que te presente; hoy no me parece propio.

—Como quieras, Perico; y te agradezco en el alma ese favor.

—No sé por qué. Es la cosa más fácil y natural del mundo. Además me alegro, porque así te pruebo que no me interesa esa mujer y te quito toda ocasión de sentir celos de mí. Pero dime, Román, ¿es verdad que te has prendado de esa hermosísima criatura?

—Verdad es; pero no creas que me ha inspirado una pasión sentimental ni eterna ¿eh?

—Hombre, por supuesto. ¿Conque quedamos en que mañana á la noche te presente á tu adorabilísimo tormento?

—Así es.

—Pues hasta mañana.

—Adiós.

Y los dos amigos se estrecharon las manos y se despidieron. Miró, para divulgar la noticia de que ya tenía campeón la Colombi, y el marqués de Moratalla para no perder la ocasión de volver á ver en el segundo acto á aquella mujer que en efecto le había impresionado más de lo que él hubiera querido.

